

CAPITULO XXI.

Cataluña.—Disposiciones del general Lacy.—Trabajosa marcha del brigadier Gasca.—Determina Suchet atacar las montañas de Monserrat.—Es elevado á mariscal del imperio.—Destruye las fortificaciones de Tarragona.—Eroles en Monserrat.—Descripcion de este punto.—Lo atacan y toman los franceses.—Acciones de los somatenes.—Sitio y rendicion de Figueras.—Actividad de Lacy.—Decision de un convoy.—Abandonan los franceses á Monserrat y otros puntos.—Ataque y toma de Cervera.—Crueldades de D. Isidoro Perez Camino.—Se rinde la guarnicion de Bellpuig.—Entran los españoles en Francia.—Regresa Macdonald á su pais.—Le sucede en el mando el general Decaen.—Convoy para Barcelona.—Aragon: division de Severoli.—Italianos muertos en España.—El Empecinado y Duran.—Ataque del Frasno.—Se rinde la guarnicion francesa de Calatayud.—Mina: ponen los franceses su cabeza á precio.—Infame astucia para sorprenderle.—Penetra Mina en Aragon.—Ataca á Ejea y Ayerve.—Rinde una columna enemiga.—Embarca los prisioneros en Motrico.—Nuevas empresas del Empecinado.—Sitio del castillo de Molina.—Lo abandonan los franceses.—Duran: sus acciones.—Ambos gefes á las órdenes del conde del Montijo.



DEJAMOS á Cataluña á tiempo en que el marques de Campoverde entregó el mando á D. Luis Lacy. Este general, viendo que Suchet se disponia á perseguirle, salió de Vich y pasó á Solsona, seguido de la junta del Principado, la cual desde

la pérdida de Tarragona habia desamparado á Monserrat. En su nueva posicion empezó Lacy á rehacer el disuelto ejército de Cataluña fomentando al mismo tiempo las guerrillas, que con las pasadas desgracias andaban tambien desanimadas, y encomendó al baron de Eroles la custodia de Monserrat, punto importante amagado yá por el enemigo.

Encontrándose Lacy con un crecido número de oficiales y de caballos que le eran mas perjudiciales que útiles, despachó á muchos de los primeros y á 500 de los segundos con algunos soldados desmontados, permitiéndoles que fueran á unirse á las guerrillas ó á otros ejércitos. Partieron todos los despedidos el 25 de julio á las órdenes del brigadier D. Gervasio Gasca, y faldeando los Pirineos, vadeando rios y perseguidos por las guarniciones francesas, llegaron felizmente á Luesia el 5 de agosto. Allí los atacó el polaco Klopiski y los dispersó, mas volvieron á reunirse en Eibar, en Navarra, en donde Mina les dió guías, y cruzaron el Ebro el 12 de agosto. Gasca prosiguió su marcha incorporándose al ejército de Valencia, y burlando todas las tentativas del enemigo. Los mas de los oficiales y soldados acompañaron á aquel gefe hasta su destino, escepto algunos que perecieron en el viage y las peleas, y los pocos que se quedaron con las partidas: de los caballos murieron muchos de hambre y de fatigas: las que padecieron los soldados en una marcha de 186 leguas son indecibles, y su constancia es tanto mas

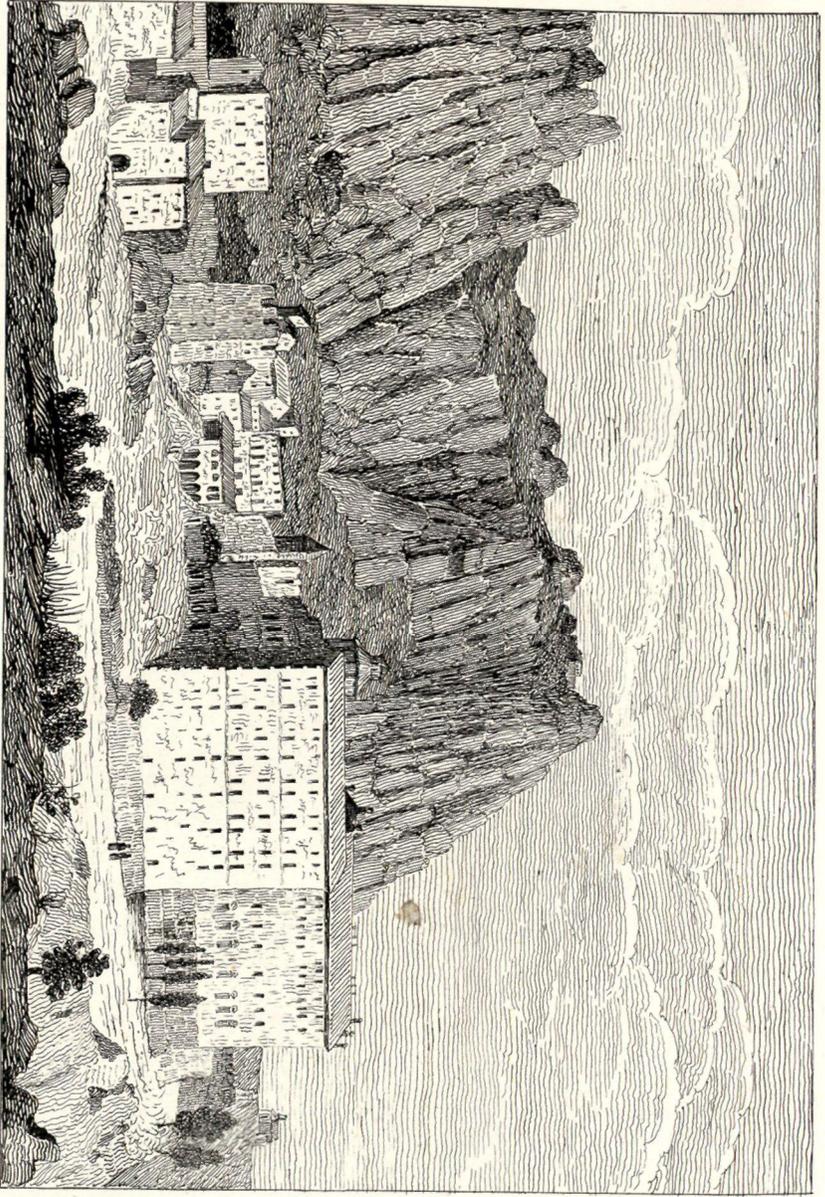
laudable, cuanto debia obrar en sus ánimos el justo resentimiento que era consiguien-
te á su despedida del ejército de Cataluña, nada satisfactoria seguramente.

Engreido Suchet con los halagos de la fortuna, se determinó á aprovechar sus fa-
vores y seguir la carrera de sus triunfos; y aunque con arreglo á la distribucion de las
operaciones de Cataluña hecha por Napoleon, correspondia á Macdonald la recon-
quista de Figueras y la toma de Monserrat y plazas al norte, como aquel mariscal
estaba ocupado en el sitio de la primera, quiso Suchet encargarse de la toma de
Monserrat. Para ello, dejando algunas fuerzas en observacion de las reliquias del
ejército español, regresó á Reus el 20 de julio decidido á realizar su pensamiento y
grangearse mas la voluntad de su amo, voluntad que al llegar á Reus conoció lo mu-
cho que le apreciaba; pues se encontró alli el nombramiento de mariscal del imperio
que acababa de concederle Napoleon, y con la orden, tan conforme á sus deseos, de
tomar á Monserrat, y marchar en seguida sobre Valencia, encargándole demoliera
antes las fortificaciones de Tarragona, excepto un reducto.

Ansioso Suchet de corresponder á tantas mercedes, derribó en breve las obras
exteriores de Tarragona, mas no el recinto de la ciudad ni el fuerte Real, disposi-
cion que aprobó el emperador. Dejó en la plaza al general Bertoletti con 2,000 hom-
bres, hallándose para el 24 de julio delante de Monserrat con sus principa-
les fuerzas, y mas una columna procedente de Barcelona. Eroles, que mandaba alli,
se encontraba solo con 2,500 á 3,000 hombres, los mas de ellos somatenes.

Monserrat, tanto por su encumbrada montaña, como por sus fundaciones reli-
giosas, es una de las curiosidades mas notables de España. A siete leguas de Bar-
celona, domina los caminos y principales eminencias del riñon de Cataluña. Tiene
ocho leguas de circunferencia por la base, compuesta de rocas altísimas y escarpa-
das, de ramblas y torrenteras que no dejan sino pocas y angostas entradas. A la
mitad de la subida y algo mas arriba está asentado en un plano estrecho un mo-
nasterio de benedictinos, vasto y sólido, bajo la advocacion de la Virgen. A partir de
alli, pelada del todo la montaña, forma en varios parages hasta la cima picachos y peño-
les, á manera de las torrecillas de un edificio gótico, que algunos han comparado á
un juego de bolos. Para llegar desde el monasterio á lo alto se camina como cosa de
dos horas, y en aquel trecho se hallan trece ermitas con sus oratorios, pegadas unas
contra los lados de la peña viva, y otras puestas en las mismas puntas. Llegando á la
última que nombran de San Gerónimo, se descubren las campiñas, los pueblos y
los rios, las islas y la mar: vista que se espacia deliciosamente por el claro y azu-
lado cielo del Mediterráneo. En moradas tan nuevas, en otro tiempo tranquilas, re-
sidian de ordinario solitarios desengañados del mundo y únicamente entregados á
la oracion y vida contemplativa. De muy antiguo, siendo este uno de los lugares mas
afamados por la devocion de los fieles, constantemente ardan en la iglesia del mo-
nasterio 30 lámparas de muchos mecheros cada una, y en lo que llamaban tesoro
de la Virgen veíanse acumuladas ofrendas de siglos, á punto de ser innumerables las
alhajas de oro y plata y las piedras preciosas. Un solo vestido de la imágen, dádiva
de una duquesa de Cardona, tenia sobre esquisito recamado mas de 1,200 diaman-
tes montados en forma de doce estrellas. Bien vino para que no fuesen presa del
invasor, que los prevenidos monges hubiesen trasladado con oportunidad á Mallorca
lo mas escogido de aquellas joyas. Tan venerable albergue habíante convertido los
españoles en militar estancia durante la actual guerra, fortificando las avenidas. Está
al cierzo la mas importante de ellas, la cual descende culebreando por medio de
tajos y precipicios, y va á dar á Casamasana. Dos baterias con cortaduras en la roca
cubrian este lado, habiéndose ademas establecido un atrincheramiento á la entrada
del monasterio, cuyas paredes se hallaban igualmente preparadas para la defensa.
Por el mediodia corre un sendero que lleva á Collbató, y en él se habia plantado
otra batería. Cuidóse no menos de los otros puntos, si bien los amparaba lo fragoso
del terreno, en especial al levante, de caidas muy empinadas.

Preparóse el baron de Eroles á sostener la estancia, y con tanta confianza, que
proveyó de mantenimientos para ocho dias las baterias avanzadas. Al albor



1. Torres. In.º

MONASTERIO DE MONSERRAT.

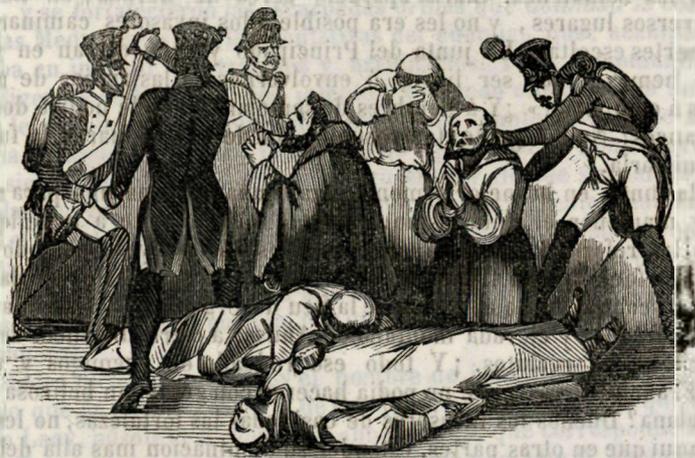
Imp. de Perez y Juncos.



del 25 de julio comenzaron los enemigos la embestida, mandándolos Suchet en persona. Dirigióse el general Abbé hácia la subida principal apoyado por Maurice Mathieu. Los otros caminos fueron igualmente amagados, destinando ademas tiradores para que trepando por las quebras y vericuetos de la montaña, flanqueáran nuestros fuegos.

El ataque se empeñó por el frente, sin que el enemigo consiguiera adelantar un paso, pues ademas del mortífero fuego que hacian los españoles, les arrojaban tambien piedras, galgas y otros instrumentos destructores. Mas al cabo de largo rato, encaramándose por la montaña arriba las ya mencionadas tropas ligeras, lograron dominar á nuestros artilleros y acribillarlos por la espalda. Ni aun asi cedieron los atacados, pereciendo casi todos sobre las piezas antes que Abbé se posesionase de ellas.

Vencida de este modo la mayor de las dificultades, prosiguió aquel general hácia el monasterio. Le habian precedido como para el ataque anterior muchos tiradores que hicieron esfuerzos por adelantarse y molestar desde los picachos y ermitas á los que defendian el edificio. Consiguieron los enemigos su objeto, y aun se metieron dentro por una puerta trasera. Mas aqui, como el combate era singular ó sea de hombre á hombre, escarmentáronlos los somatenes; y cierta fuera la derrota de los contrarios, si Abbé no hubiese llegado al mismo tiempo terminando en favor suyo la pelea. Evacuaron los españoles el convento, y los mas, junto con su gefe Éroles, pudieron salvarse conocedores y prácticos de la tierra. Tres monjes ancianos y alguno que otro ermitaño fueron víctimas de la crueldad



MATANZA DE RELIGIOSOS.

del soldado frances. A dicha llegó á tiempo Suchet para poder salvar á dos de ellos que todavia quedaban vivos. No nos sorprende á nosotros tanto la prontitud con que el enemigo ganó á Monserrat, como la inconcebible ceguedad de los gefes españoles en creer inespugnable un punto que tantos medios presenta para ser flanqueado, mayormente teniendo que habérselas con soldados como los franceses en tiempo del imperio.

Suchet dejó en Monserrat al general Palombini con su brigada y alguna artillería, y puso en Igualada al general Frére, cuyas comunicaciones con Lérida por Cervera estaban asi mismo aseguradas. Palombini no gozó de sosiego, estando siempre molestado por las partidas. El 5 y 9 de agosto D. Ramon Mas, al frente

de los somatenes, atacóle y le causó una pérdida de mas de 200 hombres.

Esta constancia de los catalanes, sin desanimarse en medio de tan reiterados reveses, hizo conocer á Suchet que no podia desamparar aquel Principado hasta que los suyos recobrasen á Figueras, y quedáran las tropas que sitiaban aquella fortaleza en estado de contener á los somatenes y hacer frente á D. Luis Lacy. Poco tardó por desgracia en ver cumplidos sus deseos.

Macdonald tenia estrechada cada vez mas á Figueras, é intimada en vano la rendicion á su gobernador D. Juan Antonio Martinez, que lejos de intimidarse con los infortunios, sacaba de ellos mayor resolucion y brios. Púsose al soldado á media racion; pero mermada esta aun mas, y consumidos sucesivamente los viveres, los caballos, los animales inmundos; en fin, hambreada del todo la gente y sin esperanza de socorro, trató Martinez el 10 de agosto de salvarla arrostrando peligros y abriéndose paso con la espada. Siempre alerta el enemigo, y casi exánimes los nuestros frustróse la tentativa, teniendo Martinez que rendirse el 19 del mismo agosto. Cayeron prisioneros con él 2,000 hombres, sin contar los heridos y enfermos, hallándose entre los primeros á Floreta, Marques y otros confidentes en la sorpresa, los cuales fueron ahorcados en un patibulo que el frances colocó en un rebellín del castillo. Los Pons mas afortunados se salvaron, habiendo salido cuando Eroles, nombrándoseles en premio de sus servicios capitanes de caballería.

Ni aun por este nuevo golpe cesó la guerra en Cataluña, guerra que parecia alimentarse en las desgracias. Lacy, emprendedor, activo y arrojado, formaba batallones, alentaba á los débiles, fortalecia á los mas valerosos, y metiéndose por aquellos mismos dias en la Cerdaña francesa, repelia á 4,200 hombres, exigia contribuciones y sembraba el espanto en el territorio enemigo. Por todas partes se reproducian los somatenes. Clarós apareció cerca de Gerona, en Besos Milans, otros en diversos lugares, y no les era posible á los invasores caminar sino como antes con fuertes escoltas. La junta del Principado y Lacy decian en sus proclamas: «¿No hemos jurado ser libres ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? Pues á cumplirlo.» ¿Y á hombres de semejante temple podria dominarlos el orgulloso frances? No, á gente tan resuelta puede esterminarla la fuerza, pero jamás conquistarla.

Lacy y la junta, en la mejor armonía, trabajaban de consuno para reorganizar el ejército y mantener el entusiasmo, animando igualmente á aquellos hombres industriosos las reformas que iban adoptando las córtes, y sobre todo el decreto de señoríos. Reforzó Lacy á Cardona, y fortificó otros puntos que se daban la mano y formaban cadena hasta el fuerte de la Seu de Urgel; no descuidó á Solsona, y atrincheró la fragosa y elevada montaña de Abusa, á cierta distancia de Berga, en donde ejercitaba los reclutas. ¡Y todo eso rodeado de enemigos y vecino á la frontera de Francia! Pero, ¿qué no podia hacerse con gente tan belicosa y pertinaz como la catalana? Dueños los invasores de casi todas las fortalezas, no les era dado, menos aun aqui que en otras partes, estender su dominacion mas allá del recinto de las fortificaciones; y aun dentro de ellas, segun la expresion de un testigo de vista imparcial (1), «no bastaba ni mucha tropa atrincherada para mantener siquiera en órden á los habitantes.» Aunque mas de una vez hemos hablado yá de semejante tenacidad, verdaderamente heróica, no creemos que en rigor hay en esto repeticion, porque creciendo las dificultades de la resistencia y esta con aquellas, tomaba la lucha semblantes diversos y colores mas vivos, desplegándose la ojeriza y despechado encono de los catalanes, al compas del hostigamiento y feroz conducta de los enemigos.

Apoderados estos de todos los puntos marítimos principales, y conociendo Lacy que le era de suma necesidad proporcionarse una posicion fortificada sobre

(1) Storia delle campagne e degli assedii degli Italiani in Ispagna, da Camilo Vacani. Vol. 3, parte 3, 2.

la costa, á fin de que le sirviese de base para la reorganizacion de su ejército, se fijó desde luego en Palamós; mas teniendo que abandonar este proyecto por la rendicion del castillo de Figueras, pensó entonces en las islas Medas, á la embocadura del Ter, de que ya hablamos en otro lugar. Dos de ellas eran bastante grandes, con resguardado surgidero al sudeste, y los franceses, aunque las tenian descuidadas, conservaban dentro una guarnicion. Parecióle á Lacy punto aquel propio para su pensamiento, y propio para recibir por él auxilios y dar salida á los productos catalanes. Encargó su conquista al coronel ingles Gran, yendo á bordo de la fragata de su nacion *Indomable*, con 450 españoles que mandaba el baron de Eroles. Verificóse el desembarco el 29 de agosto, y el 3 de setiembre, abierta brecha, se apoderaron los nuestros del fuerte. Acudieron los franceses con grandes fuerzas á la costa vecina, y empezaron á molestar bastante con sus fuegos á los que ahora ocupaban las islas. Opinaron entonces los marineros británicos que se debian estas abandonar, lo cual se verificó á pesar de la resistencia de Eroles y del mismo Gran. Volaron los aliados, antes de la evacuacion, el fuerte ó castillo.

El general Lacy, con sobrado carácter para ceder en sus empresas por muchos obstáculos que se le ofreciesen, insistió en tomar las islas, y persuadió á los ingleses á que segunda vez le ayudasen. En consecuencia el 11 del mismo setiembre se embarcó en persona con 200 hombres en Arenys de Mar, á bordo de la mencionada fragata, comandante Thomas: fondeó el 12 á la inmediacion de las Medas, y dividiendo la fuerza, desembarcó parte en el continente para sorprender á los franceses y destruir las obras que alli tenian, y parte en la isla Grande. Cumplióse todo segun los deseos de Lacy, quien ahuyentando á los enemigos, y dejando al teniente coronel D. José Masanes por gobernador del fuerte y director de las fortificaciones que iban á levantarse, tornó felizmente al puerto de donde habia salido. Restablecióse el castillo, y se fortalecieron las escarpadas orillas que dominan la costa. En breve pudieron las Medas arrostrar las tentativas del enemigo que, acampado enfrente, se esforzaba en impedir los trabajos y arruinarlos. Puso el comandante español toda su diligencia en frustrar tales intentos, y cuando momentánea ausencia ú otra ocupacion le alejaba de los puntos mas espuestos, manteníase firme allí su esposa Doña María Armengual, digna imitadora de aquella otra Doña María de Acuña, que en el siglo XVI defendió á Mondejar, ausente el alcaide su marido. La posesion de las Medas fué utilísima tanto militar como mercantilmente, habiendo las órtes habilitado el puerto; y las ventajas que con solo aquella operacion proporcionó Lacy á Cataluña reclamaban con razon el justo aprecio que mereció siempre á los catalanes. ; Quién hubiera dicho á aquel hombre valiente que el mismo teatro de sus glorias habia de ser el elegido por un rey ingrato para sacrificarlo en el altar de sus venganzas!

A las Medas dió el general Lacy el nombre de islas de la Restauracion, como anunciando que de allí renaceria la de Cataluña; y á un baluarte á que querian dar el nombre de Lacy, púsole el de *Montardit* «honor, dijo, que corresponde á un mártir de la patria.» Tal suerte en efecto habia poco antes cabido á un D. Francisco Montardit, comandante de batallon, muy bien quisto, hecho prisionero por los franceses en un ataque sobre la ciudad de Balaguer, y arcabuceado por ellos inhumanamente. Con este motivo dirigió Lacy una reclamacion en 12 de octubre al mariscal Macdonald, en términos firmes y enérgicos, concluyendo por decirle: «Amo, como es debido, «la moderacion; mas no seré espectador indiferente de las atrocidades que se «ejecuten con mis subalternos: haré responsables de ellas á los prisioneros franceses que tengo en mi poder y pueda tener en lo sucesivo.»

Tan incansable como intrépido D. Luis Lacy, trató en seguida de romper la linea de puestos fortificados que desde Barcelona á Lérida tenian establecidos los franceses. Tomó sus disposiciones al efecto, y el 4 de octubre acometió la villa de Igualada con 4,500 infantes y 500 caballos. Le acompañaba el baron de Eroles, segundo comandante general de Cataluña, y cuya actividad y valor dió tantos triunfos á nuestras armas en el Principado. Los franceses perdieron en el citado pueblo 200

hombres, refugiándose los restantes al convento fortificado de Capuchinos, que no pudo Lacy batir falto de artillería. Dirigiéronse despues ambos gefes á sorprender un convoy que iba de Cervera, para lo cual dividieron entre si las fuerzas. El baron de Eroles fué el primero que dió sobre el convoy y lo sorprendió el 7 del mismo octubre, perdiendo los enemigos 200 hombres.

Los franceses, que creian á los nuestros anonadados en sus desgracias, miraron con espanto los golpes que acababan de recibir, y nuevamente aterrados conociéron que no podian mantener tropas desparramadas por lugares abiertos ó poco fortificados, en cuya virtud se retiraron precipitadamente á Barcelona y abandonaron el convento de Igualada, la villa de Casamasana, y aun el mismo Monserrat, cuyo monasterio y ermitas destrozaron y quemaron.

Las atenciones generales del Principado y la organizacion de su ejército, obligaron á Lacy á pasar á Berga, donde residia la junta, dejando á Eroles el encargo de concluir la empresa tan felizmente comenzada. Atacó este á los franceses de Cervera, y el 11 los obligó á rendirse en número de 645 hombres, á pesar de haberse fortificado en la universidad. Tambien cogió Eroles á D. Isidoro Perez Camino, corregidor de Cervera nombrado por los franceses, hombre cruel y feroz que á los que no pagaban puntualmente las contribuciones, ó no se sujetaban á sus caprichos, los metia en una jaula de su invencion, la cabeza solo fuera y bañado el rostro

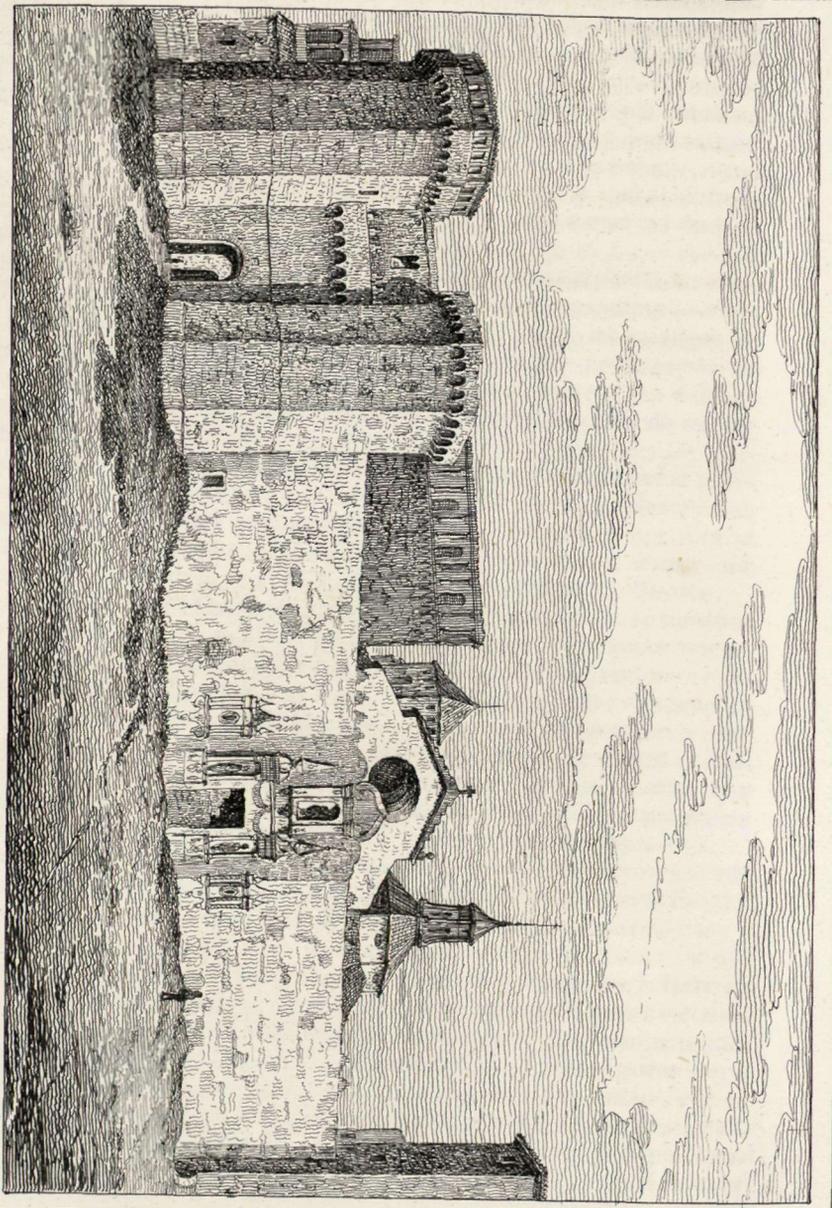


LA JAULA DE PEREZ CAMINO.

con miel para que hasta las moscas atormentasen á su victima. Semejante mónstruo tuvo el fin que sus maldades merecian, y para conocer cual seria este, baste decir que el mismo pueblo á quien tan inhumanamente habia él atormentado, fué el encargado de imponerle el condigno castigo.

El 14 del mismo octubre se rindió tambien al baron de Eroles la guarnicion de Bellpuig, atrincherada en la antigua casa de los duques de Sesa. Los enemigos hicieron aqui una obstinada resistencia, por lo que murieron muchos, entregándose solo unos 150.

Luego que Eroles hubo escarmentado á los franceses del centro de Cataluña, y cortado la línea de comunicacion entre Lérida y Barcelona, revolvió al norte con propósito firme de penetrar en Francia. Para asegurar el éxito de tan atrevida empresa, combinó sus operaciones con D. Manuel Fernandez Villamil, gobernador á la sazón de la Seu de Urgel, el cual le sirvió de comandante de vanguardia. El 26 rechazó el baron al enemigo en Puigcerdá, y el 27 lo combatió bravamente en un



E. Perez lit.^o

Lit.^o de Perez y Jovon.

MONASTERIO DE POBLET.



ataque que aquel intentó. Mientras estas refriegas se entró Villamil en Francia por el valle de Querol, desbarató el 29 en Marens á las tropas que quisieron oponérsele, saqueó aquel pueblo que sus soldados abrasaron, y entró el 30 en Ax. Exigió allí contribuciones, é inquietó toda la tierra, repasando despues tranquilamente la frontera, la cual recorría Eroles sosteniendo estos movimientos. Pero el centro de todos ellos era D. Luis Lacy, quien cautivó con su conducta la voluntad de los catalanes, pues popular ya desde entonces, sabia tocar con oportunidad todos aquellos resortes que tan gustosamente ponen á los pueblos en manos de los que reconocen por sus verdaderos amigos. El ilustre general, al paso que procuraba en lo posible introducir la disciplina y buenas reglas de la milicia, lisonjeaba el amor propio catalan, prefiriendo en lo general para gefes á naturales acreditados del pais, y fomentando los somatenes y cuerpos francos á que son tan aficionados aquellos hombres intrépidos y de independiente carácter. Este era cabalmente el mejor y quizás el único modo de sostener la guerra en Cataluña, en la situacion fatal á que los desvios de la suerte y los errores de los hombres la habian conducido.

Los hechos acreditaban la satisfaccion con que recibia el pais tan acertadas providencias, pues alrededor de la fuerza principal que regian Lacy ó su segundo Eroles, y cerca de las plazas fuertes y por todas partes se descubrian los infatigables gefes, que ya varias ocasiones hemos nombrado, y otros que por primera vez se manifestaban ó sucedian á los que terminaban gloriosamente su carrera en defensa de la patria. Sobre interminable, nos seria imposible formar la relacion de tan innumerables y largas lides.

Los gefes franceses que notaban comprometida de continuo su reputacion militar en un pais tan indomable, deseaban por momentos salir de él; y Macdonald, duque de Tarento, regresó á Francia partiendo de Figueras el 28 de octubre. Era ya el tercer mariscal que salia desairado de Cataluña y en desgracia de su emperador por no haber conseguido pacificarla. Le sucedió en el mando el general Decaen.

Dueños los franceses de casi todas las plazas fuertes del Principado, apenas podian sin embargo mover su ejército del lado de Gerona, pues solo asi podian mantener sus comunicaciones con la frontera. No mayor libertad gozaba la division de Frére, perteneciente al cuerpo de Suchet, la cual, segun hemos visto, ocupaba la Cataluña baja, haciendo bastante con solo atender á lo que por allí pasaba, y que hemos indicado en parte. La situacion de aquella provincia en cuanto á la tranquilidad, que formaba el primer deseo de los invasores, era la misma que al principio de la guerra, estando como entonces obligado el enemigo á mantener allí fuerzas considerables para guarnecer las plazas y escoltar los convoyes.

De estos tenian que valerse siempre para abastecer á Barcelona, cuya plaza encontrándose como de costumbre enteramente falta de viveres, obligó al general Decaen á preparar en diciembre uno muy crecido en el Ampurdan. Tuvo de ello aviso Lacy y para estorbarlo puso en observacion á Rovira, colocó á Eroles y á Milans en las alturas de San Celoni, destacó sobre treinta pasos á Sarsfield y apostó en la Garriga con un batallon á D. José Casas. Decaen, amaestrado por el ejemplo de sus antecesores, habia reunido fuerzas numerosas para asegurar su intento, llegando á juntar 14,000 infantes y 700 caballos con 8 piezas, sin contar unos 4,000 hombres que salieron de Barcelona á su encuentro. Las de Lacy no llegaban á la mitad, por lo que tuvo este que limitarse á hostilizar á los franceses en su marcha, emprendida desde Gerona el 2 de diciembre. Mucho padeció en ella el enemigo, manteniéndose Sarsfield firme contra los que salieron de Barcelona para atacarle. Luego que conoció Lacy la imposibilidad de impedir la entrada del convoy en aquella plaza y recelando que Decaen se retirase por Vich, trató de cerrarle el paso de aquel lado. Para ello mandó á Eroles que ocupase la posicion de San Feliú de Codinas, y él se situó con Sarsfield en las alturas de Garriga. Resultó como el general español lo habia pensado: el 5 por la mañana se presentaron los enemigos delante del último punto con 5,000 infantes, 400 caballos y 4 piezas. Rechazólos Lacy vigorosamente y siguiendo el alcance hasta Granollers D. José Casas y D. José Manso, por lo que tuvieron todas

las fuerzas de Decaen que tornar por San Celoni y dejar libre y tranquila la ciudad y partido de Vich.

Con tan repetidos movimientos no solo conseguia Lacy mantener la guerra siempre activa en Cataluña, sino que contribuia en cuanto le era posible á defender á Valencia: á este segundo objeto ayudaba tambien Aragon. Alli, consecuentes con las órdenes de Blake, se reunieron el 24 de setiembre en Ateca, partido de Calatayud, Don José Duran y D. Juan Martín el Empecinado. El temor que estos infundian á los contrarios y las continuas empresas en aquella provincia y en Navarra de D. Francisco Espoz y Mina, obligaron á aquellos á formar en Pamplona y sus cercanias un cuerpo de reserva bastante considerable, pues las fuerzas que en ambos puntos mandaban los generales Reille y Musnier no bastaban para conservar quieto el pais y hacer frente á tan osados caudillos.

Entre las tropas francesas que se juntaban en Navarra, contábase una nueva division italiana que, atravesando las provincias meridionales de Francia y viniendo de la Lombardia, apareció en Pamplona el 31 de agosto. La mandaba el general Severoli, y su fuerza ascendia á 8,955 hombres y 722 caballos: se mantuvo en Navarra todo setiembre, y al principiarse octubre pasó á reforzar las tropas francesas de Aragon.

Ademas de la division de Severoli habian ido á Zaragoza tres batallones tambien italianos, procedentes de los depósitos de Gerona, Rosas y Figueras, los cuales para unirse á las fuerzas de Palombini, que con Suchet se habia dirigido sobre Valencia, tuvieron que rodear y meterse en Francia para entrar despues camino de Jaca en Aragon, por no haberse determinado á ir la ruta directa. Y, sea dicho de paso, de 21,288 infantes y 1,905 ginetes, unos y otros italianos, que fuera de los de Severoli habian penetrado en España desde el principio de la guerra, ya no quedaban en pie sino unos 900 escasos. Tan caro costaba á la desgraciada Italia el título de rey suyo con que se condecoraba Napoleon.

Aunque los referidos tres batallones procedentes de Cataluña iban destinados á Valencia, se detuvieron en Aragon para auxiliar á Musnier, y uno de ellos fué á reforzar la guarnicion de Calatayud.

Poco tiempo estuvo aqui ocioso, pues luego se vió precisado á lidiar con los ya mencionados D. José Duran y D. Juan Martín, quienes desde Ateca habian resuelto acometer aquella ciudad. El Empecinado tenia solo la mitad de su gente, habiendo dejado la otra á las órdenes de D. Vicente Sardina en observacion del castillo de Molina. No asi Duran, á quien acompañaba lo mas de su division, junto con Don Julian Antonio Tabuenc y D. Bartolomé Amor, que mandaba la caballeria, gefes ambos muy distinguidos. Uno y otro tuvieron principal parte en las hazañas de Duran, que nunca cesó de molestar al enemigo, habiendo tenido entre otros un reencuentro glorioso en Ayllon el 23 de julio.

Las fuerzas que reunieron para su empresa Duran y el Empecinado ascendian á 5,000 infantes y 500 caballos. El 26 de setiembre se presentaron ambos sobre Calatayud, desalojaron á los franceses de la altura llamada de los Castillos y les cogieron algunos prisioneros, encerrándose la guarnicion en el convento fortificado de la Merced, cuyo comandante era Mr. Muller. Duran se encargó particularmente de sitiarse aquel punto, y la gente del Empecinado quedó observando las avenidas del puerto del Frasnó, en donde el 1.º de octubre repelió el último una columna francesa que venia de Zaragoza en socorro de los suyos, y apresó al coronel Guillot que la mandaba.

Cercado el convento, y sin artilleria los nuestros, se acudió para rendirle al recurso de la mina, y aunque el gefe enemigo resistió cuanto pudo los ataques de los españoles, tuvo al fin el 4 de octubre que darse á partido, quedando prisionera la guarnicion que constaba de 566 soldados, dándose permiso á los oficiales para volver á Francia bajo la palabra de honor de no servir mas en la actual guerra.

Incomodado Musnier con este suceso, y muy irritado por haber sido rechazada en el Frasnó la primera columna que habia enviado en auxilio de Calatayud, reunió todas sus fuerzas de la izquierda del Ebro, y habiendo pedido refuerzos á Na-

varra, le envió Reille al general Bourke, que avanzó á lo largo de la izquierda del Jalon. Musnier llegó sobre Calatayud el 6 de octubre, cuando ya los españoles se habían retirado con sus prisioneros, quedando solo allí, según la capitulación, los oficiales, á quienes sus superiores formaron causa por haber separado su suerte de la de los soldados.

Luego que vieron los franceses frustrados sus intentos por el movimiento de los nuestros, retrocedieron volviéndose Bourke á Navarra y los de Musnier á la Almunia. En seguida volvieron á ocupar segunda vez la ciudad los españoles.

Cada vez mas enojado Musnier en vista de la perseverante constancia de nuestros gefes en molestarlo, determinó otra nueva tentativa contra ellos, la que le facilitó la llegada á Zaragoza de la division de Severolí en 9 de octubre. Venia esta á instancias de Suchet, á quien todos los auxilios le parecian pocos para asegurar el éxito de la campaña de Valencia. Musnier se dirigió con dicha division hácia el Frasno, y uniéndose á la caballería de Klicky entró en Calatayud. Duran y el Empecinado habían vuelto á evacuar la ciudad, retirándose en dos diferentes direcciones. Para perseguirlos tuvieron los enemigos tambien que separarse, yendo unos á Daroca y Used, y otros á Ateca, camino de Madrid.

No les dejó seguir mucho la persecucion una súbita irrupcion en las Cinco Villas del activo D. Francisco Espoz y Mina. Este intrépido caudillo había sufrido durante todo el estío la mas porfiada persecucion de los franceses, irritados estos con la sorpresa de Arlaban. Y él, ceñido de un lado por los Pirineos, del otro por el Ebro, sin apoyo ni punto alguno de seguridad, sin mas tropas que las que por sí había formado, y sin mas doctrina militar que la adquirida en la escuela de la propia esperiencia, burló constantemente los intentos del enemigo y escarmentóle muchas veces, algunas en la raya y aun dentro de Francia.

Aumentaron con mas ahínco la persecucion desde el 20 de junio hasta el 12 de julio: 12,000 hombres fueron entonces tras el héroe navarro; mas este dividió acertadamente sus batallones en columnas movibles con direcciones y marchas contrarias, incesantes y sigilosas, obligando así al enemigo ó á dilatar su línea á punto de no poderla cubrir convenientemente, ó á que reunido no tuviese objeto importante sobre qué cargar de firme.

Fatigados los franceses, ajado su orgullo militar y desesperanzados de destruir á Mina á mano armada, apelaron á los arbitrios de la baja intriga y de la cobarde desesperacion, y pusieron á precio la cabeza del valiente y sagaz guerrero. 6,000 duros ofreció por ella el gobernador de Pamplona, Reille, en bando de 24 de agosto, 4,000 por la de su segundo D. Gregorio Cruchaga y 2,000 por cada una de las de otros gefes. Reuniéronse á medios tan indignos los de la seduccion y astucia. A este propósito y por el mismo tiempo personas de aquella ciudad, y entre otras D. Joaquin Navarro, de la diputacion del reino, con quien Mina había tenido anterior relacion, enviaron cerca de su persona á D. Francisco Aguirre Echechurri para ofrecerle ascensos, honores y riquezas si abandonaba la causa de su patria y abrazaba la de Napoleon. Mina, que necesitaba algun respiro, tanto mas cuanto de nuevo se veía muy acosado entrando á la sazón en Navarra la division de Severolí y otras fuerzas, quiso burlar por algun tiempo al enemigo, y pidió tiempo para contestar, sin acceder á la proposicion, alegando que tenia antes que ponerse de acuerdo con su segundo Cruchaga. Impacientes por la tardanza los que habían abierto los tratos, despacharon en seguida con el mismo objeto, primero á un frances llamado Pellon, hombre sagaz, y despues á otro español conocido bajo el nombre de Sebastian Iriso. Deseoso Mina de ganar todavía mas tiempo, indicó para el 14 de setiembre una junta en Leoz, cuatro leguas de Pamplona, adonde ofreció asistir él mismo, con tal que tambien acudiesen los tres individuos que sucesivamente se le habían presentado, y ademas el D. Joaquin Navarro y un D. Pedro Mendiri, gefe de escuadron de gendarmería. Accedieron los comisionados á lo que se les proponia, y en efecto, el dia señalado llegaron á Leoz todos, escepto Mendiri. La ausencia de este disgustó mucho á Mina, quien á pesar de las disculpas que los

otros dieron, concibió sospechas. Vinieron á confirmárselas cartas confidenciales que recibió de Pamplona, en las cuales le advertían se le armaba una celada, y que Mendiri recorría los alrededores acechando el momento en que deslumbrado Mina con las ofertas hechas, se descuidase y diese lugar á que cayeran sobre él los enemigos y le sacrificasen.

Airado con ellos el caudillo español arrestó á los cuatro comisionados, y se alejó



PRISION DE AFRANCESADOS POR MINA.

de Leoz llevándoselos consigo. Desfiguraron despues el suceso los franceses y sus allegados, calificando á Mina de pérfido; como si la indigna alevosia que con él querian usar no le autorizára á obrar del modo que lo hizo, y aun para haber ejercido en los cuatro falsos amigos un ejemplar castigo, que no les hubiera dejado gozar la libertad que despues les proporcionaron las vicisitudes de las armas.

Poco despues de este suceso fué cuando Mina penetró en las Cinco Villas de Aragon, como antes indicamos. El 11 de octubre atacó en Ejea un puesto de gendarmaria, cuyos soldados lograron evadirse en la noche siguiente, con pérdida en la huida de algunos de ellos. Marchó luego Mina sobre Ayerbe, y el 16 forzó á la guarnicion francesa á encerrarse en un convento fortificado que bloqueó; mas en breve tuvo que hacer frente á otros cuidados. El comandante frances que en ausencia de Musnier gobernaba á Zaragoza, sabedor de la llegada de los españoles á Ejea destacó una columna para contenerlos. El comandante que la mandaba, nombrado Ceccopieri, encontró en el camino á los gendarmes poco antes escapados, por lo que juzgando ya inutil la marcha hácia Ejea, cambió de rumbo y se dirigió á Ayerbe en busca de Mina. Llegado que hubo á esta villa, en cuyas alturas inmediatas le aguardaban los españoles, le pareció mas prudente, despues de un fútil amago, retirarse y caminar la vuelta de Huescar. Alentados mas los nuestros con este retroceso no le dejaron seguir su marcha impunemente. Mina, empleando sagacidad y arrojo, los estrechó de cerca y rodeó, por manera que tuvieron que formar el cuadro. Así anduvieron siempre muy acosados hasta mas allá de Plasencia del Gállego, en donde jadeando con la fatiga y el mucho guerrear, y acometidos impunemente á la bayoneta por D. Gregorio Cruchaga, vinieron á partido: 640 soldados y 17 oficiales fueron los prisioneros, muchos de ellos heridos: entre estos lo estaba gravemente el mismo comandante Ceccopieri, habiendo muerto mas de 300.

Sobrecogido Musnier y temiendo hasta por la misma Zaragoza, volvió precipitadamente á aquella ciudad, en donde repuesto del susto trató de ir contra Mina y

de quitarle los prisioneros, para lo que se puso de acuerdo con los gobernadores y generales franceses de las provincias inmediatas. El atrevido Mina burló sus combinaciones, y pasando maravillosamente por medio de todos ellos, y atravesando el Aragon, Navarra y Guipúzcoa, llegó á principios de noviembre á Motrico, en donde embarcó todos los prisioneros á bordo de la fragata inglesa *Iris* y de otros buques, despues de haber rendido tambien la guarnicion francesa de aquel punto. Suchet era el que mas sentia tales acontecimientos, pues ademas de la pérdida real que en ellos experimentaba, le distraian fuerzas sin las cuales no podia emprender su proyectada embestida de Valencia. Despues de sus esfuerzos para que le mandáran la division de Severoli, no pudo en mucho tiempo disponer de esta, pues Musnier ni aun con ella tenia bastante para mantener el Aragon y conservar de algun modo sus comunicaciones. Una de las dos brigadas en que dicha division se distribuia, se vió obligada á situarla al mando de Bertolletti en las Cinco Villas, izquierda del Ebro, y la otra al de Mazzuchelli en Calatayud y Daroca.

En breve tuvo la última que correr á Molina, cuyo castillo se hallaba otra vez bloqueado por D. Juan Martin. Llegó en ocasion que el comandante Brochet estaba ya para rendirse. Le libertó Mazzuchelli el 25 de octubre, mas no sin dificultad, teniendo que sostener con el Empecinado una reñida refriega en Cubillejos, en la que perdió mucha gente. Los franceses de resultas de esto volaron el castillo de Molina y lo abandonaron.

D. Juan Martin, unas veces solo y otras unido con D. Bartolomé Amor continuó haciendo correrias. Rindió el 6 de noviembre la guarnicion de la Almunia, compuesta de 150 hombres, hizo cara á varias acometidas, batió la tierra de Aragon, cogió muchos prisioneros y efectos, y á veces hasta interceptó las comunicaciones de los franceses con Valencia, via de Teruel.

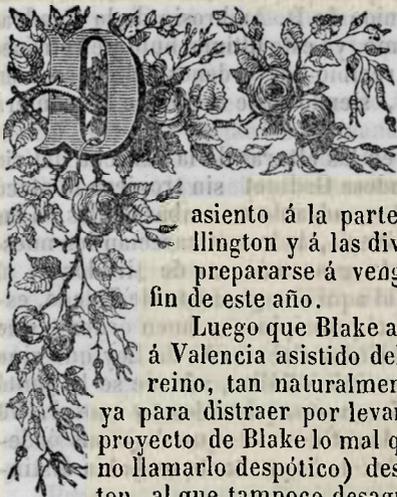
Tampoco Duran cuando obraba separado permanecia ocioso: en Manchones y sobre todo en 30 de noviembre en Osunilla, provincia de Soria, alcanzó notables ventajas. Restituido despues á Aragon y reincorporado por orden de Blake con el Empecinado, se pusieron ambos el 23 de diciembre en Milmarcos, provincia de Guadalajara, bajo las órdenes del conde del Montijo, que trayendo igualmente 1,200 hombres, debia mandar á todos.

De este modo tan singular como heróico cooperaron los valientes que peleaban en Cataluña, Aragon y Navarra á dilatar la rendicion de Valencia: guerra tanto mas admirable, cuanto sus sostenedores no tenian mas murallas que sus denodados pechos, ni otros recursos que los que les proporcionaban sus intrépidas bayonetas.



CAPITULO XXII.

Nueva expedición del general Blake: tropas que la forman: desembarcan en Almería.—Tercer ejército.—Su posición.—Fuerzas enemigas que lo observan.—Disposiciones del mariscal Soult.—Acción de Zújar.—Retirada del tercer ejército.—Buen porte del general Sanz.—Toma el mando de este ejército don Nicolas Mahy.—Blake en Valencia: sus disposiciones.—Movimiento de Suchet.—Fuerzas de su ejército.—Murviedro: descripción de este punto.—Sitio del castillo de Sagunto.—Vana sorpresa intentada por el enemigo.—Varios encuentros parciales.—Sitio y toma del castillo de Oropesa.—Sitio de la torre del Rey.—Vigorosa defensa de Campillo: abandona la torre y salva la guarnición.—Asalto de Sagunto.—Valor de sus defensores.—Batalla de Sagunto.—Rendición de su castillo.—Ballesteros en Ronda.—Derrota una columna enemiga.—Suicidio del general Godinot.—Sorpresa de Bornos.—El sargento Juan Manuel Lopez.—Crueldad del mariscal Soult.



ESEMBARAZADOS por ahora de lo que nos llamaba la atención en Cataluña y Aragon, vamos aproximándonos á los sucesos de Valencia, ya que la guerra, que tan activa fué en los primeros meses del año en el occidente de España, ha pasado su

asiento á la parte oriental de ella, dando asi tiempo á lord Wellington y á las divisiones españolas del Tajo y demas puntos para prepararse á vengar las desgracias sufridas por nuestras armas al fin de este año.

Luego que Blake abandonó el condado de Niebla, determinó pasar á Valencia asistido del ejército expedicionario, ya para proteger aquel reino, tan naturalmente amenazado desde la rendición de Tarragona, ya para distraer por levante la atención de los franceses. Fortificaba este proyecto de Blake lo mal que se avenia su carácter con el imperioso (por no llamarlo despótico) desabrimiento y altaneros modales de lord Wellington, al que tampoco desagradaba ver lejos de sí á un general tan autorizado, tanto por ser presidente de la Regencia, como por su gran reputacion militar, y cuya condicion era menos blanda y contemporizadora que la del flexible Don Francisco Javier Castaños.

Necesitó Blake de otro segundo permiso de las córtes para ponerse á la cabeza de esta nueva empresa. Obtúvole fácilmente, y la Regencia, dando á dicho general los mas amplios poderes, puso bajo su mando las fuerzas del 2.º y 3.º ejércitos con las de las partidas que dependian de ambos, y ademas las tropas expedicionarias.

Se componian estas divisiones de los generales Zayas y Lardizabal, y de la caballería mandada por D. Casimiro Loy, formando en todo un total de 9 á 10,000 hom-

bres. Llegaron á Almería, en donde desembarcó la tropa: la artillería y bagages lo efectuaron en Alicante. En seguida, y de paso para su destino, se incorporó la division expedicionaria momentáneamente con el tercer ejército, que á las órdenes de D. Manuel Freire estaba situado en la venta del Baul, teniendo fuerzas destacadas á derecha é izquierda. D. Joaquin Blake permaneció allí hasta el 7 de agosto, en que partió para Valencia, anticipándose á sus divisiones con objeto de preparar y reunir los medios mas oportunos de defensa.

Delante de Freire se encontraba estacionado el general Leval con el 4.º cuerpo frances, bastante apurado por el brio y aumento que en su derredor habian adquirido el ejército español y los partidarios. Esto y el recelo que les inspiraba la expedicion de Blake, impulsó á Soult á marchar á Granada para ponerla á cubierto de una sorpresa, y buscar al mismo tiempo oportunidad para envolver y aniquilar al ejército español. A este fin dispuso que el general Godinot con su division compuesta de unos 4,000 hombres y 600 caballos cayese en la noche del 6 al 7 de agosto sobre Baeza, y ciñese y abrazase la derecha de los españoles que, regidos por D. Ambrosio de la Cuadra, permanecian apostados en Pozohalcon: al mismo tiempo determinó que el 7 se pusiese en movimiento el general Leval dirigiéndose sobre el centro de los españoles, adonde el 8 acudió tambien en persona el mismo mariscal. Dejó este en Granada algunas tropas, así para atender á la conservacion de la tranquilidad, como para maniobrar del lado de las Alpujarras contra la gente que mandaba el conde del Montijo.

El general Freire conoció desde luego el intento del enemigo, mas no por eso juzgó oportuno abandonar la venta del Baul, cuya posicion consideraba bastante fuerte, y solo determinó reforzar su derecha, enviando al efecto la division expedicionaria del mando de D. José Zayas, compuesta de 5,000 hombres y la caballería que mandaba D. Casimiro Loy. Por desgracia se encontraba momentáneamente ausente el referido Zayas, por lo cual tomó la direccion de esta fuerza D. José Odonnell, gefe de estado mayor del tercer ejército, quien se encaminó á los vados del Manzano, en Guadiana menor, para obrar en union de D. Ambrosio de la Cuadra, contener á los franceses y aun atacarlos. Mas como ya este último hubiese retrocedido receloso de la cercanía del enemigo, no recibió las órdenes del general en gefe sino en Castril, á cuyo punto llegó el 9, siendo este incidente la primera causa de la siguiente derrota.

292. Don José Odonnell se colocó junto á Zújar en las alturas de la derecha del rio Barbate, que otros llaman Guardal, y adelantándose Godinot sin tropiezo le atacó en sus puestos. Cruzaron los franceses el Barbate, vadeable en ambas orillas, á las once de la mañana del 9, protegiéndoles su artillería, de la que carecian los nuestros. Envió Godinot contra la izquierda española gran número de tiradores, al paso que trabó recio combate por la derecha. Ció aqui el regimiento de Toledo, escaso de gente, y le siguieron otros, retirándose al principio con buen orden, que se descompuso en breve á gran desdicha. La caballería del mando de Loy que vino de Benamaurel fué igualmente rechazada y se retiró á Cúllar, adonde se le juntó la infantería. Perdiéronse en esta ocasion 453 muertos y heridos, y unos 1,400 prisioneros y estraviados. Desgracia fué de D. José Odonnell que bajo sus órdenes recibiera tan fatal golpe una division que á las de Zayas tanto se habia distinguido en la gloriosa jornada de la Albuera.

Felizmente no se aprovechó Godinot cual pudiera de la victoria, temiendo le atacase por la espalda D. Ambrosio de la Cuadra, por lo cual dirigió contra este toda la caballería y la brigada del general Rignoux, limitándose á enviar la vuelta de Cúllar y Baza algunas tropas de la vanguardia.

Esta escesa precaucion de Godinot dió á D. Manuel Freire tiempo para poder retirarse, sin que se le interpusiese á su espalda el enemigo. Sostúvose aquel general firme en la posicion del Baul todo el día 9, repeliendo acertada y vigorosamente el ataque de los franceses. Mas sabedor á las cinco de la tarde de lo acaecido en Zújar, resolvió prudentemente abandonar por la noche el campo, y replegar-



ACCION DE ZÚJAR.

se al reino de Murcia. Consiguió atravesar sin tropiezo la ciudad de Baza, y entrando en Cúllar, adonde habia llegado antes D. José Odonnell. De allí, dirigiéndose todo el ejército á las vertientes, dispuso Freire que la caballería del tercer ejército, mandada por el brigadier Osorio, y la espedicionaria á las órdenes de D. Casimiro Loy, cubriesen el movimiento. Perseguia á nuestros ginetes el general Soult, hermano del mariscal, y el 10 los atacó con tanto brio, que los obligó á cejar y á ponerse al abrigo de los infantes. Freire entonces determinó proseguir la retirada á pesar del cansancio de la tropa, distribuyendo la fuerza hácia las montañas de ambos lados del camino.

Por las de la derecha, yendo á Murcia, iba D. José Antonio de Sanz con la tercera division propia de su mando, y con la segunda que tambien regia provisionalmente. Por las de la izquierda, y en la direccion de la ciudad, maniobraba D. Manuel Freire. Al principiar Sanz su retirada, se vieron rodeados él y la tercera division en el peñon de vertientes; mas impuso respeto al enemigo por medio de una diestra maniobra de amago, y enderezándose á Oria, se unió el 11 en Alboa con la segunda division. Juntas ambas, marcharon por Huercal, Oria y Aguilar, en donde encontrándose con 300 dragones enemigos, los arrollaron y les cogieron caballos y efectos. Despues de algun descanso, continuaron su marcha y llegaron el 15 felizmente á Palmar de D. Juan, habiendo andado 57 leguas en seis dias y comido solo tres ranchos. Esta constancia en sufrir resignados los trabajos se encuentra solo en el soldado español. Mereció Sanz entonces, y deben tributársele siempre, las mas justas alabanzas por los conocimientos militares que desplegó, y por el arrojo y tino con que salvó su tropa.

Peor suerte cupo á D. Manuel Freire, que llegó á verse casi perdido, teniendo su gente que buscar las sendas mas ásperas y trepar por lugares intransitables para conseguir pasar el puerto del Chiribil y dirigirse á Murcia. Al cabo de indecibles fatigas y de haber marchado á veces 15 leguas sin respiro, pudo aquel atinado gefe reunir sus soldados el 11 en Caravaca, en donde permaneció el 12, incorporándosele D. Ambrosio de la Cuadra, que se habia retirado por su cuenta y hácia aquella parte con la primera division. Estableció Freire sus cuarteles en Alcántarilla, y colocó debidamente sus fuerzas, reducidas ahora á la caballería del brigadier Osorio y á tres divisiones pertenecientes al tercer ejército, por haberse separado las espedicionarias via de Valencia.

El general Leval llegó el 14 á Velez Rubio, estendiéndose al desfiladero de Lumbreras, á tres leguas de Lorca, los generales Latour Malbourg y Soult con los ginetes. Causaron muchos daños estos en sus escursiones, pues hubo parage en que quemaron 22 alquerías. En semejantes tropelías y desmanes se aventajaron siempre las tropas del mariscal Soult á todas las demas francesas: quizas el codicioso ejemplo que les ofrecia su gefe aumentaba la rapacidad del soldado.

A este mismo tiempo envió el mariscal 3,000 hombres de todas armas sobre las Alpujarras y la costa, los que llegaron á Almería á tiempo en que todavia desembarcaba uno de los batallones de la expedicion de Blake, que afortunadamente pudo librarse. Tambien tuvo la misma suerte el conde del Montijo, quien en su retirada no dejó de molestar al enemigo y aun de sorprender la guarnicion de Motril, reuniéndose despues con los prisioneros al cuerpo principal del tercer ejército, del cual dependia entonces. Otros partidarios desasosegaban igualmente á los franceses y les quitaban con frecuencia el fruto de sus rapiñas, por las montañas y tierra de Murcia. Se distinguieron especialmente Villalobos y Marques, y sobre todo el alcalde de Utivar D. Juan Fernandez.

El 7 de setiembre, estando en Mula, entregó D. Manuel Freire el mando del ejército á D. Nicolas Mahy, al que antes vimos mandar con tan poco acierto en Galicia y Asturias. Esta desacordada determinacion de la Regencia provino de la aciaga jornada de Zújar, ya referida, acerca de la cual se mandó hacer una sumaria informacion, medida que no desaprobamos, pero que no reclamaba la separacion del general Freire, cuya actividad era tanto mas conocida, cuanto que á ella se debia la creacion y existencia del tercer ejército: demas que el mencionado general no tenia culpa de lo sucedido en Barbate, pues sus órdenes fueron acertadas y oportunas, y no podia ser responsable de la falta de su ejecucion. De ella los que debian responder eran D. José Odonnell y D. Ambrosio de la Cuadra, este por no haber cumplido lo que el general en gefe le tenia ordenado, y el primero por haber empeñado imprudentemente una accion que debió huir hasta saber la posicion de la Cuadra. Sin embargo, como de costumbre, salieron salvos todos los comprometidos en la causa formada, y la que perdió fué la de la nacion, que en tan criticas circunstancias careció de los servicios del acreditado general Freire.

Las noticias que Soult recibia de Estremadura y de los movimientos de Ballesteros, salvaron por entonces á Murcia de la invasion francesa.

Traslademos ya nuestra atencion á Valencia, adonde acababa de llegar D. Joaquin Blake. Antes hemos dicho que mandaba allí el marques del Palacio, cuyas providencias se asemejaban mas á las de una autoridad eclesiástica, que á las correspondientes á un general entendido y activo. Fiestas religiosas y procesiones ocupaban su atencion, proclamando inespugnables los muros valencianos por haber paseado en su derredor á la Virgen de los Desamparados, patrona de aquella ciudad y muy venerada de sus habitantes. A este tenor eran todas las medidas del marques, al que no culpamos por verlo seguir sus inclinaciones; pero sí mucho á la Regencia, que desacertada con frecuencia en sus elecciones, lo fué mucho mas en la de Palacio, que tanto se dió á conocer en el acto de su tan ruidoso juramento en las córtes.

Don Joaquin Blake, gefe de otra capacidad, puso término á las singularidades y desbarros del mencionado marques. Activó las medidas de defensa, reforzó los regimientos, ejerció los reclutas, perfeccionó las obras del castillo de Murviedro y fortificó el antiguo castillo de Oropesa que dominaba el camino real de Cataluña. Todas estas medidas eran tanto mas urgentes, quanto tan notoria era la determinacion del nuevo mariscal Suchet de invadir aquel reino.

Para ello tenia este orden espresa de Napoleon, previniéndole que para el 15 de setiembre estuviera el ejército lo mas cerca de Valencia posible. Deseando Suchet satisfacer los deseos de su amo, quiso primero dejar aseguradas sus espaldas, y para ello puso 7,000 hombres á las órdenes del general Frère en Lérida, Monserrat y Tar-

ragona á fin de cubrir estos puntos y proteger la navegacion del Ebro. Igual número en Aragon á cargo del general Musnier. El ejército frances del norte de Cataluña y un cuerpo de reserva que se formaba en Navarra, y del que ya hemos hablado, debian tambien apoyar sus operaciones. Lo mismo por la parte de Cuenca debia hacer el ejército del centro, y por la de Murcia el del mediodía.

Adoptados estos acuerdos, púsose Suchet en movimiento el 15 de setiembre la vuelta de Valencia: las fuerzas que consigo llevaba ascendian á 22,000 hombres, distribuidas para la marcha en tres columnas. Partió una de Teruel á las órdenes del general Arispe, la cual en vez de seguir el camino de Segorbe, torció á su izquierda para juntarse mas pronto con las otras. La segunda la formaba la division italiana del cargo de Palombini, en la que iban los napolitanos, y tiró por Morella y San Mateo. Suchet dirigia la tercera, compuesta de la division del general Habert, de una reserva que mandaba Robert, de la caballeria y de la artilleria de campaña. Salió esta columna de Tortosa, y por Benicarló tomó el camino principal que conduce de Cataluña á Valencia. Dejó al paso en observacion de Peñíscola un batallon y 25 caballos, y llegando á Torre Blanca el 19, ahuyentó de Oropesa algunos soldados españoles, encerrándose en el castillo los destinados á guarnecerle. Entraron los franceses en aquella villa de escaso vecindario, é intimaron inútilmente la rendicion al castillo. Barriendo este con sus fuegos, colocado en lo alto, el camino real, tuvo Suchet que desviarse y caer hácia Cabanes. Unióse en aquellos alrededores con las columnas de Arispe y Palombini, y marchó adelante junto ya todo su ejército. Se encaminó á Villareal y cruzó el Mijares, vadeable en tiempo de verano, y que tiene un magnífico puente de tres ojos que facilita el paso. La vanguardia de la caballeria española estaba á la márgen derecha y se vió obligada á retirarse, con lo que sin mas obstáculos dió vista Suchet á la villa y fuerte de Murviedro.

Mas tiempo hubiera necesitado D. Joaquín Blake para prepararse debidamente á recibir tan importunos huéspedes, pues no habia aun reunido todas las fuerzas que debian tomar parte en aquella campaña. Estas eran las del reino de Valencia ó sea segundo ejército, las que dependian de él y maniobraban en Aragon bajo los gefes D. José Obispo y D. Pedro Villacampa, parte de las del tercer ejército y las expedicionarias. Las últimas se habian detenido por causa de la fiebre amarilla, que picó reciamente durante el estío y el otoño en Cartagena, Alicante, Murcia y varios pueblos de los contornos. Retardáronse las otras con motivo de marchas ú operaciones que tuvieron que ejecutarse antes de unirse al cuerpo principal. Blake, no obstante, guarneció á Murviedro, fortaleció mas y mas los atrincheramientos de Valencia y las orillas del Guadalaviar, é hizo que el marques del Palacio y la junta se trasladasen á la villa de Alcira, situada á cinco leguas de la capital, en una isla que forma el Júcar, cuyas riberas debian servir de segunda línea de defensa. El del Palacio conservaba el mando particular del distrito, y por eso, y quizas tambien para desembarazarse de persona tan engorrosa, le alejó Blake de Valencia, so pretexto de poner al abrigo de las contingencias de la guerra las autoridades supremas de la provincia.

Era la toma de Murviedro el primer objeto de Suchet. Aunque allí tuvo asiento la inmortal Sagunto, hoy está reducida á una poblacion que apenas llega á 6,000 almas, y su defensa la forma una buena fortaleza elevada en el monte á cuyo pie está el pueblo. Este, al invadir Suchet la primera vez el reino de Valencia, no estaba fortificado, cuyo descuido se trató en seguida de remediar, siendo preciso para ello destruir en parte un teatro antiguo, preciosa reliquia conservada en los últimos tiempos con mucho esmero. La actual fortaleza, á la cual dieron el nombre de San Fernando de Sagunto, abrazaba toda la cima del cerro, habiendo aprovechado para la construccion los paredones de un castillo de moros y otros derribos. Formaba el recinto como cuatro porciones ó reductos distintos bajo el nombre de Dos de Mayo, San Fernando, Torreón y Agarenos, susceptible cada uno de separada defensa. Habia dentro 17 piezas, dos de á doce. Tratábase de artillarla mejor, mas lo impidió la repentina llegada de Suchet. Solo por el lado de poniente era atacable la forta-

leza, y por lo demas inaccesible, de subida muy difícil y de peña tajada. Habia delineado las obras modernas, con mucho conocimiento y tino, el comandante de ingenieros D. Juan Sanchez Cisneros: encargóse del gobierno el 16 de setiembre el coronel ayudante general de estado mayor D. Luis María Andriani: ascendia la guarnicion á unos 5,000 hombres.

El general Habert cruzó el 25 de setiembre el Palancia, y rodeando el cerro por oriente, dispuso al mismo tiempo que parte de su tropa se metiese en la villa, cuyas calles barrearón los enemigos, atronando tambien las casas abandonadas en su totalidad por sus dueños, que con espíritu verdaderamente saguntino, sacrificaron su tranquilidad y bienes al goce de su libertad. La division de Arispe tiró al occidente, y estendiéndose al sur se dió la mano con el general Habert. Situáronse los italianos en Petrés y Gilet, camino de Segorbe, quedando de este modo acordado el cerro en que se asentaban los fuertes. Destacó reservas Suchet hácia Almenara, via de Cataluña, y esploró la tierra del lado de Valencia.

Demasiado engreido este orgulloso mariscal con su buena suerte, determinó tomar por sorpresa la fortaleza de Sagunto. Registró con este objeto el circuito del monte, y oídos los ingenieros, creyó poder tentar una escalada por la falda inmediata á la villa, en donde le pareció vislumbrar restos de antiguas brechas mal reparadas.

Fijó Suchet las tres de la mañana del 28 de setiembre para dar la embestida. El mayor de ingenieros Chulliot mandaba la primera columna francesa, debiendo seguirle el coronel Gudin, y adelantar á todos y apoyarlos el general Habert. Tambien trataron los enemigos de distraer á los nuestros por los demas puntos.

Reuniéronse aquellos para efectuar la escalada á media subida en una cisterna distante 40 toesas de la cima. Vigilante Andriani, descubrió por medio de una salida los proyectos del enemigo, y alerta con los suyos, cerró los accesos que establecian comunicacion entre los diversos fuertes. Un tiro ú arma falsa de los acometedores abrevió una hora el ataque, respondiendo los nuestros al fusilazo con descargas y grandes alaridos. Andriani arengó á los soldados, recordóles memorias del suelo que pisaban, ¡Sagunto! y embistiendo á la sazón Chulliot, enardecidos los españoles le rechaza-



DERROTA DE LOS FRANCESES EN MURVIEDRO.

ron completamente, junto con Gudin que cayó herido de una granada en la cabeza, y con Habert cuyos soldados espantados huyeron y dejaron sembradas de cadáveres las faldas del monte, cuan largamente se estendian entre un baluarte que llevaba el apellido ilustre de Daoiz y el de Dos de Mayo. Asi en presencia de venerables restos

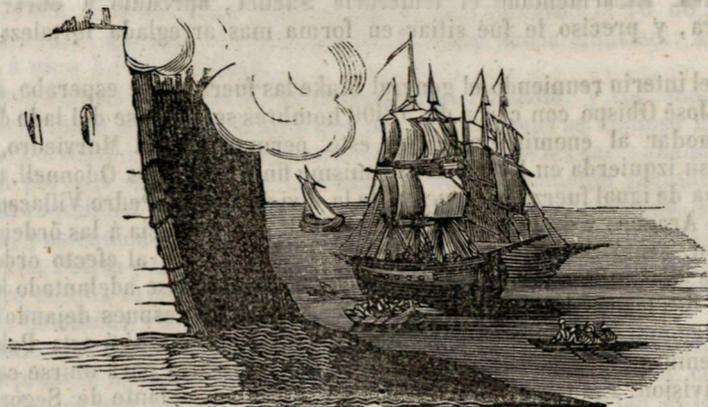
se confundian antiguos y nuevos trofeos, apoderándose los cercados de varios fusiles, de mas de 50 escalas y de otros útiles. Perdieron los franceses 400 hombres. Escarmentado el temerario Suchet, aprendió á obrar con mayor cordura, y preciso le fué sitiar en forma mas arreglada fortaleza tan bien defendida.

Iba en el interin reuniendo el general Blake las fuerzas que esperaba, disponiendo que D. José Obispo con cerca de 3,000 hombres se quedase del lado de Segorbe para incomodar al enemigo mientras este permanecia en Murviedro. Tambien colocó por su izquierda en Bétera con el mismo fin á D. Cárlos Odonnell, asistido de una columna de igual fuerza compuesta de la division de D. Pedro Villacampa, procedente de Aragon, y de la caballeria del ejército de Valencia á las órdenes de Don José Sanjuan. Trató Suchet de alejar de sí estas fuerzas, y al efecto ordenó á Palombini que ahuyentase al general Obispo, quien habiéndose adelantado hasta Torres-Torres, dos leguas de Murviedro, se habia replegado despues dejando en Soneja una corta vanguardia mandada por D. Mariano Moreno. Atacó á esta Palombini el 30 de setiembre, y si bien reforzada tuvo que retirarse para unirse con el resto de la division. Entonces situó Obispo por escalones delante de Segorbe, en el camino real, la caballeria, y en las alturas inmediatas los infantes; mas el enemigo acometiendo con impetuosidad y fuerza lo arrolló todo, y tuvo Obispo que retirarse á Alcnbras.

En seguida el mismo Suchet en persona pasó el 2 de octubre á atacar á D. Cárlos Odonnell, cuyas tropas, con destacamento en Bétera, se alojaban en los collados de Benaguacil á la salida de la huerta, en que se halla situada la Puebla de Valbona. Resistieron los nuestros bastante tiempo hasta que Odonnell juzgó prudente repasar el Guadalaviar, como lo verificó por Villamarchante, imponiendo aqui respeto al enemigo con la ocupacion de dos alturas escarpadas que dominan el camino. Dirigióse despues sin ser incomodado á Ribaroja. En ambos encuentros perdimos alguna gente, siendo lo peor el desaliento que infundieron en el ánimo del soldado estas retiradas y descabros, razon por la que todo general esperto debe evitarlas, especialmente al principio de una campaña.

Queriendo Suchet dominar todos los obstáculos que pudieran entorpecer sus movimientos en lo sucesivo, trató de apoderarse de Oropesa, que cerraba el paso del camino real de Cataluña. Para ello aprovechó la ocasion de atravesar por alli cañones de grueso calibre que hacia traer de Tortosa para Murviedro, de los cuales mandó dejar algunos para batir antes los muros de Oropesa. Se componia este castillo de un gran torreón cuadrado, circuido por tres partes de otro recinto sin foso, pero amparado del escarpe del terreno. Tenia de guarnicion unos 250 hombres, y solo le artillaban cuatro cañones de hierro. Mandaba D. Pedro Gotti, capitán del regimiento de América. A cuatrocientas toesas y orilla de la mar habia otra torre llamada del Rey, muy al caso para favorecer un embarque, en la cual gobernaba 170 hombres el teniente D. Juan José Campillo.

Ya vimos que al paso de Suchet intentó en vano este tomar de rebate el castillo de Oropesa; por lo que ahora mas seriamente preparó los medios para su rendicion, lo cual no debia serle difícil atendida la debilidad del punto. En 8 de octubre empezó á batirlo el enemigo apoderándose antes de la villa. Dirigia el ataque el general Compère. El 10 llegó Suchet, y derribando un lienzo de la muralla, prontos los franceses á dar el asalto capituló el gobernador honrosamente. Mas firme el de la torre del Rey, Campillo, desechó con brio toda propuesta. Constante en su resolucion hasta el 12, y defendiéndose valerosamente, tuvo la dicha de que acudiera entonces para protegerle el navio ingles *Magnifico*, comandante Eyre, y una division de faluchos á las órdenes de D. Jose Colmenares. No siendo dado sostener por mas tiempo la torre, pusiéronse unos y otros de acuerdo, y se trató de salvar y llevar á bordo la guarnicion. Presentaba dificultades el ejecutarlo, pero tal fué la presteza de los marinos británicos, tal la de los españoles, entre los cuales se distinguió el piloto D. Bruno Egea, tal, en fin, la serenidad y diligencia del gobernador, que se consiguió felizmente el intento. Campillo



SÁLVASE LA GUARNICION DE LA TORRE DEL REY.

se embarcó el último y mereció loores por su proceder, dispensándole muchos la justa imparcialidad del comandante inglés.

Desembarazado ya Suchet de estos obstáculos, se dedicó exclusivamente al cerco de Murviedro. Volvieron también de Francia, adonde habían ido con licencia después de lo de Tarragona, los generales de artillería Vallée y Rogniat, con cuya llegada se activaron los trabajos del sitio.

Empezó el enemigo contra la parte occidental de la fortaleza, en donde estaba el reducto dicho del Dos de Mayo, y plantó á ciento cincuenta toesas una batería de brecha. Ofreciáansele para continuar en su intento muchos estorbos nacidos del terreno; y si los españoles hubieran tenido artillería de á 24, siendo imposible en tal caso los aproches, quizá se hubiera limitado el cerco á mero bloqueo.

Al fin después de penosas faenas consiguieron los sitiadores romper sus fuegos el 17, mas hasta el 18 por la tarde no juzgaron los ingenieros practicable la brecha abierta en el reducto del Dos de Mayo, en cuya hora resolvió Suchet dar el asalto.

Una columna escogida mandada por el coronel Matis debía ser la primera en acometer. Desde temprano notaron los españoles los preparativos del enemigo, y apercibiéronse para rechazarle. Hombres esforzados coronaban la brecha, y con voces y alaridos desafiaban á los contrarios, sin que los atemorizase el fuego terrible y vivo del cañon franceses.

Comenzóse la embestida, y los mas intrépidos y ágiles de los sitiadores llegaron hasta dos tercios de la subida, cuya aspereza y angostura les impidió ir mas arriba, destrozados por el fuego á quema-ropa de los nuestros, por las granadas y las piedras. Cuantas veces repitió el enemigo la tentativa, otras tantas cayeron sus soldados por el derrumbadero abajo. Caidos en desaliento á lo último, y entorpecidos con sus mismos cadáveres, desistieron de la empresa con pérdida de mas de 500 hombres, entre ellos muchos gefes y oficiales. Los del fuerte se comunicaban con Valencia por medio de señales, y Blake ofreció de este modo al gobernador y á la tropa merecidas recompensas.

Mucho embarazaba á Suchet el malogro de su empresa, y aunque procuró adelantar los trabajos y aumentar las baterías, temia fuese infructuoso su afán, atendido lo escabroso del terreno y lo dominante del peñon de Sagunto; mas confiaba en que Blake llevado del deseo de socorrer la plaza viniese con él á las manos, en cuyo caso le parecia mas seguro el triunfo.

Asi sucedió. Aquel general, tan afecto desgraciadamente á batallar, é instado

por el gobernador Andriani, trató de ir en ayuda del fuerte, olvidando que detener á Suchet delante de sus muros producía mas positivo efecto que el de una ligera victoria, que era lo mas que, aun ayudado de la mejor fortuna, podía prometerse de presentar una batalla. Es verdad que parece que le convidaban á ello las fuerzas que habia reunido; pero ¡cuánto no pudiera haber hecho con ellas llamando la atención del enemigo á diferentes puntos, mayormente estando tambien ayudado por la parte de Cataluña y Aragon, y aun por la de Ronda, como veremos luego! El ejército que D. Joaquin Blake habia reunido ascendía á mas de 25,000 hombres, entre los cuales se contaban 2,500 caballos. Parte de estas fuerzas pertenecían al tercer ejército, á las órdenes de D. Nicolás Mahy, las que antes de reunirse á Blake se dirigieron atinadamente sobre Cuenca para ahuyentar de allí al general frances Darmagnac que amagaba por aquella parte el reino de Valencia. Luego que Mahy consiguió su objeto, se fué á unir á las tropas acantonadas en el Guadalaviar.

Blake, antes de emprender su movimiento, encargó la custodia de Valencia á la milicia honrada, y dió á su ejército una sencilla proclama. Púsose en marcha la tarde del 24, y en la misma noche se situó no lejos del enemigo. La derecha, compuesta de 3,000 infantes y algunos caballos, á las órdenes de D. José Zayas, y de una reserva de 2,000 hombres á las del brigadier Velasco, en las alturas del Puig. Allí tambien se apostó el general en jefe con todo su estado mayor. El centro, colocado en la Cartuja de Ara-Cristi, lo componían 3,000 infantes dirigidos por D. José Lardizabal, y 4,000 caballos que eran los expedicionarios de Loy, y algunos de Valencia, todos mandados por D. Juan Caro: habia aqui tambien una reserva de 2,000 hombres que gobernaba el coronel Liori. La izquierda se estendía hácia el camino real llamado de la Calderona. Cubria esta parte D. Carlos Odonnell con la division de D. Pedro Villacampa de 2,500 hombres y la de D. José Miranda de 4,000 con 600 caballos bajo la direccion de D. José San Juan. El general Obispo, bajo la dependencia tambien de Odonnell, estaba con 2,500 hombres en el punto mas extremo hácia Náquera. Amenazaba embestir por el desfiladero de Santi-Espiritus todo nuestro costado izquierdo, debiendo servirle de reserva D. Nicolás Mahy al frente de mas de 4,000 infantes y 800 ginetes. Tenia orden este general de colocarse en dos ribazos llamados los Germanells. Cruzaban al mismo tiempo por la costa algunos cañoneros españoles y un navio ingles.

Reuniéronse aquella noche en el cuartel general de D. Joaquin Blake oficiales dependientes de todas las divisiones, y teniendo á la vista un diseño del terreno trazado antes por D. Ramon Pirez, jefe de estado mayor, recibió cada jefe sus instrucciones y la orden de cuando debia empezar el ataque.

Suchet no supo el movimiento de nuestras tropas hasta las once de aquella noche, en que le informó de él un confidente suyo vecino del Puig. Siéndole ya á aquella hora imposible retirarse sin levantar el sitio de Sagunto con pérdida de la artillería, tomó el partido, aunque mas arriesgado, de aguardar la batalla que iban á presentarle. La buena estrella del mariscal dió un resultado feliz á su temeraria determinacion. Para llevarla á término, resolvió situarse entre el mar y las alturas de Vall de Jesus y Santi-Espiritus, por donde se angosta el terreno. Puso á su izquierda por el lado de la costa la division del general Habert, y á la derecha hácia las montañas la de Arispe: en segunda línea á Palombini y una reserva de dos regimientos de caballería á las órdenes del general Broussards. Por el extremo de la misma derecha reforzada por Klopiski, al general Robert con su brigada y un cuerpo de caballería, teniendo espresa orden de defender á todo trance el desfiladero de Santi-Espiritus, que consideraba Suchet de la mayor importancia. Quedaron en Petrés y Gilet, Compère y los napolitanos, ademas de algunos batallones que permanecieron delante de Sagunto, contra cuyo castillo cesaron el fuego las baterías de brecha. Suchet contaba en línea cerca de 20,000 hombres.

A las ocho de la mañana del 25, marchando delante de su posicion, rompieron á un tiempo el ataque las columnas españolas, y rechazaron á las tropas ligeras

del enemigo. Comenzóse la pelea por nuestra parte con señales de buen éxito. Las acequias, garrofales y moreras, los vallados y las cercas no dejaban maniobrar al ejército en línea contigua, ni tampoco permitían al general en jefe, situado como antes en las alturas del Puig, descubrir los diversos movimientos. Sin embargo, las columnas españolas, según confesión de los mismos enemigos, avanzaban con tal orden, cual nunca ellos habían visto en campo raso. La de Lardizabal se adelantaba dividida en dos trozos, uno por el camino real hacia Hostalets, otro dirigiéndose á un altozano, vía del convento de Vall de Jesus. Por Puzol la de Zayas, tratando de ceñir al enemigo del lado de la costa. También nuestra izquierda comenzó por su parte un amago general bien concertado.

Acometiendo Lardizabal con intrepidez, el trozo suyo que iba hacia Vall de Jesus apoderóse, á las órdenes de D. Wenceslao Prieto, del altozano inmediato, en donde se plantó luego artillería. Tan acertada maniobra causó en los nuestros una impresión favorable, y los de Sagunto, creyendo ya próximo el momento de su libertad, prorumpieron en clamores y demostraciones de alegría. Conociendo Suchet la importancia de aquel punto trató de tomarlo á todo trance. Sus generales puestos á la cabeza de las columnas arremetieron á subir con su acostumbrado arrojo; pero hallaron vivísima resistencia. Paris fué herido; lo mismo varios oficiales superiores; muerto el caballo de Arispe; arrollados una y varias veces los acometedores, que solo cerrando de cerca á los nuestros con dobles fuerzas se enseñorearon al cabo de la altura. Mas los españoles, bajando al llano y unidos á otros de los suyos, se mantuvieron firmes é impidieron que el enemigo penetrase y rompiese el centro. Era sumamente crítico aquel instante para los contrarios, aun ya dueños del altozano; pues Zayas maniobrando diestramente, comenzaba á rodear el costado izquierdo de los franceses, acercándose á Murviedro, y por la izquierda D. Pedro Villacampa también alcanzaba ventajas.

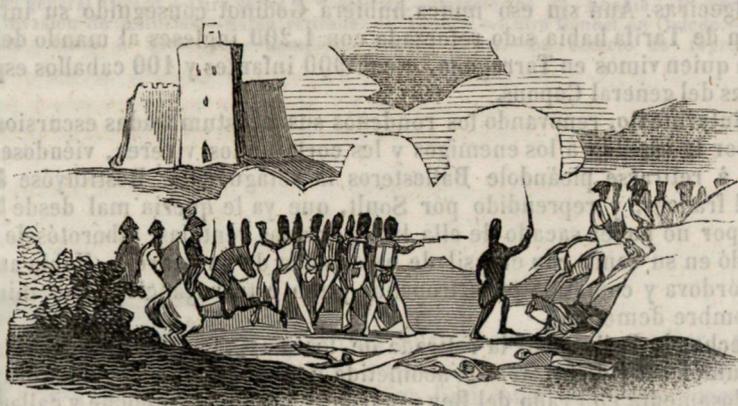
Interesábale á Suchet aprovechar el triunfo que había conseguido en la altura, tanto mas cuanto los españoles de Lardizabal no solo se conservaban tenaces en el llano, sino que sostenidos por la caballería de D. Juan Caro contramarchaban ya á recuperar el punto perdido, después de haber atropellado y destrozado á los husares enemigos, apoderándose también el coronel Ric de algunas piezas. En tal aprieto, movió el mariscal francés la división de Palomhini que estaba en segunda línea y se adelantó en persona á exhortar á los coraceros que iban á contener el ímpetu de la caballería española. Se empeñó entonces una refriega terrible, y Suchet fué herido de un balazo en un hombro; mas siéndolo igualmente D. Juan Caro y D. Casimiro Loy, que cayeron prisioneros, desmayaron los nuestros, arrollólos el enemigo, y hasta recobró los cañones que poco antes le habían cogido. D. Joaquin Blake envió para reparar el mal á D. Antonio Burriel, jefe de estado mayor expedicionario, y al oficial del mismo cuerpo Zarco del Valle. Nada lograron estos sujetos que gozaban en el ejército de distinguido concepto. Los dragones de Numancia los arastraron en la fuga.

También por la izquierda la suerte favorable al principio nos volvía ahora la espalda. D. Carlos Odonnell, con objeto de reforzar á Obispo, que tenía delante á Robert, dispuso que avanzara D. Pedro Villacampa, quien ganando terreno obligó á los enemigos á ceder algún tanto. Pero en ademán Klopiski de amenazar al general español por el costado, mandó Odonnell á D. José Miranda que saliese al encuentro. Tuvo este general el desacuerdo de marchar en una dirección casi paralela á la del enemigo y con distancias cerradas, esponiéndose á que resultara confusión en sus líneas si los franceses, como se verificó, le acometían de flanco. Comenzó luego el desorden, y siguióse mucha dispersión. No pudieron los esfuerzos de Villacampa y Odonnell reparar tamaño contratiempo. Unas y otras tropas vinieron sobre las de May atacadas no solo por Klopiski, sino también por parte de la división de Arispe que venía del centro. Hubiera sido completa la dispersión sin los regimientos de Molina, Avila y Cuenca, que se portaron con arrojo y serenidad. Por desgracia se había Mahy atrasado en su marcha, y no llegó bastante á tiempo para apoyar

la primera arremetida, ni para contener el primer desorden. Los franceses victoriosos cogieron muchos prisioneros, y obligaron á Mahy y á las otras tropas de la izquierda á que se refugiasen por Bétera en Ribaroja.

Don José Zayas en la derecha tuvo mayor fortuna, y no se retiró sino cuando vió roto el centro y en completa retirada y confusion la izquierda. Hízolo con el mayor orden hasta las alturas del Puig, y antes en Puzol se defendió con el mayor valor un batallon suyo de guardias walonas, que por equivocacion se habia metido dentro del pueblo.

Se abrigaron sucesivamente del Guadalaviar todas las divisiones españolas, parándose el ejército frances en Bétera, Albalat y el Puig. Nuestra pérdida consistió en 900 hombres entre muertos y heridos, 3,922 prisioneros ó estraviados y 12 piezas. Los franceses perdieron en todo unos 300 hombres. La batalla de Sagunto decidió la suerte de Valencia, la que sin aventurarnos al dudoso éxito de una batalla, y atendiendo á las tropas reunidas en sus inmediaciones, pudo distraer mucho tiempo al enemigo, dando lugar á que posteriores sucesos le hubieran hecho desistir de su empresa.



BATALLA DE SAGUNTO.

La derrota de nuestras armas fué seguida desgraciadamente de la rendicion del castillo de Sagunto, cuyo gobernador, perdida la esperanza de ser socorrido é intimado por Suchet á capitular, reunió junta de oficiales, en la que manifestó que su ánimo era rendirse; pero que si en cumplimiento de las disposiciones del gobierno superior, habia algun oficial que quisiese encargarse de la defensa del fuerte, él seria el primero que se pondria á sus órdenes. El general Silencio indicó al gobernador que todos eran de su opinion, por lo que concluyó la capitulacion á que era invitado por Suchet, quedando con la guarnicion prisionero de guerra.

A pesar de su doble triunfo no se determinó Suchet á acometer la ciudad de Valencia hasta recibir nuevos socorros, impeliéndole á esto tanto el ejército de Blake, aun bastante numeroso, como la actividad con que por diferentes puntos distraian su atencion los españoles. Hemos visto antes como lo verificaban los de Cataluña y Valencia: veamos ahora brevemente del modo que lo hacian tambien por la parte de Granada y Ronda. Allí, privado el tercer ejército de sus mejores fuerzas conducidas por Mahy á Valencia, hubiera sido facilmente acometido por los franceses sin el desembarco que hizo D. Francisco Ballesteros en Algeciras el 4 de setiembre, secundario asi con el plan que para defender á Valencia habia trazado D. Joaquin Blake. Sentó Ballesteros su cuartel general en Jimena, y con su presencia y disposiciones reanimó el espíritu de los serranos.

Inmediatamente vino sobre el general español el coronel frances Rignoux reforzado con fuerzas llegadas de Sevilla. Amagó á Jimena, y Ballesteros evacuó el pueblo con intento de atraer y engañar al enemigo, lo cual consiguió, porque Rignoux, adelantándose ufano sobre San Roque, fué súbitamente acometido por costado y frente, y deshecho con pérdida de 600 hombres. Tomó entonces el mariscal Soult contra Ballesteros disposiciones mas serias; y mandando al general Godinot que avanzase de Prado del Rey con unos 5,000 hombres, dispuso que se moviesen al propio tiempo la vuelta de la sierra los generales Semelé y Barroux, yendo el primero de Veger y el último del lado de Málaga. Componian juntas estas fuerzas unos 9 á 10,000 hombres, y jactábanse ya de envolver las de Ballesteros: mas este se retiró á tiempo y el 14 de octubre se puso bajo el cañon de Gibraltar. Los franceses llegaron al campo de San Roque y se estendieron por la derecha de Algeciras, cuyos vecinos se refugiaron en la isla Verde.

Malográndosele asi á Godinot la destruccion de Ballesteros, quiso, sin dejar de observarle, explorar la comarca de Tarifa, y aun enseñorearse por sorpresa de esta plaza. Tampoco estuvo en esto muy afortunado. Sus tropas tomaron el camino de Boquete de la Peña, orilla del mar, paso angosto que dominado por los fuegos de los buques británicos no pudieron los franceses atravesar, teniendo el 18 de octubre que retroceder á Algeciras. Aun sin eso nunca hubiera Godinot conseguido su intento. La guarnicion de Tarifa habia sido reforzada con 1,200 ingleses al mando del coronel Skerret, á quien vimos en Tarragona, y con 900 infantes y 100 caballos españoles á las órdenes del general Copons.

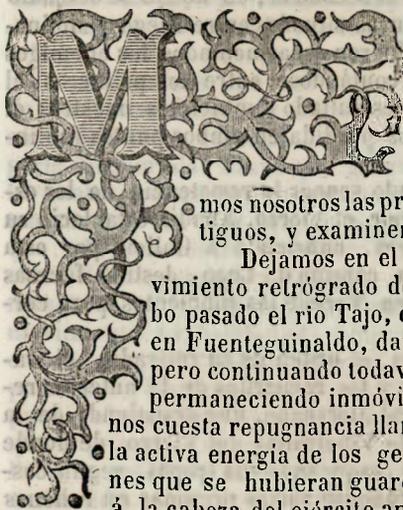
En el intermedio, renovando los rondeños sus acostumbradas escursiones, molestaron por la espalda á los enemigos y les cortaron los víveres, viéndose Godinot precisado á retirarse picándole Ballesteros la retaguardia. Restituyóse á Sevilla el general frances, y reprendido por Soult, que ya le queria mal desde la accion de Zújar, por no haber sacado de ella las oportunas ventajas, alborotósele el juicio y se suicidó en su cama con el fusil de un soldado de su guardia. Habia antes mandado en Córdoba y cometido tales tropelias y aun estravagancias, que mirósele ya como á hombre demente.

Aprovechando Ballesteros la retirada de los enemigos, esparció su tropa por diversos puntos para disfrazar una acometida que meditaba: reunióla despues súbita y sigilosamente en Prado del Rey; marchó en seguida de noche y calladamente, y sorprendió el 5 de noviembre en Bornos, derecha del Guadalete, al general Semelé, á quien ahuyentó y tomó 100 prisioneros, mulas y bagajes.

Fatigado Soult de tan dura é interminable guerra, é irritado de verse tan repetidas veces burlado por los gefes españoles, deseando satisfacer su encono, en vez de buscar para ello alguno de aquellos medios con los que saben vengarse los hombres de honor, descargó su furor contra un infeliz sargento llamado Juan Manuel Lopez, cogido prisionero cuando iba á desempeñar una comision de Blake. Juzgado dos veces por la junta criminal de Sevilla, y otra por una comision nombrada al efecto, en todas fué declarado absuelto, acordando que debia ser tratado como un prisionero de guerra. La alegría que causó esta nueva fué universal en Sevilla, y sin temor al cruel frances la manifestaban públicamente los ciudadanos de todas clases. Pero, ¡oh atrocidad! todavía estaba el infeliz Lopez recibiendo por ello parabienes, cuando vinieron á notificarle que una comision militar escogida por el implacable Soult acababa de condenarle á la pena de horca sin procedimiento ni diligencia alguna legal. Ejecutóse la inicua sentencia el 29 de noviembre. Entre las infinitas tropelias, rapiñas y crueldades cometidas por la tiranía de Soult en Sevilla, ninguno de sus actos iguala á este en lo deshonroso y atroz, y en atraer sobre su nombre la execracion de la posteridad.

CAPITULO XXIII.

Lord Wellington en Fuenteguinaldo.—6.º ejército español.—Abadía reemplaza á Santocildes.—Posición de aquel ejército: su retirada: le atacan los contrarios.—Combate del puerto de Manzanal.—Se retiran los franceses.—Posiciones del ejército anglo-portugues.—Marmont y Dorsenne socorren á Ciudad-Rodrigo.—Atacan luego á Wellington.—Honrosa resistencia de los ingleses: se retiran estos.—Lord-Wellington presenta la batalla.—No la admiten los franceses y se retiran.—Wellington en Freineda.—Partidarios españoles.—D. Julian Sanchez coje al gobernador de Ciudad-Rodrigo.—Carta del general España.—5.º ejército español.—Rigor de Castaños.—Pedrezuela y su mujer.—El corregidor Ciria.—D. Antonio Temprano.—Gloriosa accion de Arroyomolinos.—Destitucion del general Girard.—Otra vez el 6.º ejército.—Desaciertos de Abadía.—Proyectan los franceses la invasion de Asturias.—Sábía retirada de Losada.—Entra Bonnet en Oviedo.—7.º ejército.—Portier: toma á Santander.—Campillo.—Longa.—Mina.—Su decreto de represalias.—Reflexiones.



MIENTRAS Suchet reúne los medios necesarios para su deseada conquista de Valencia, y las provincias limítrofes trabajan cuanto les es posible para ver si pueden evitar el terrible golpe que amenaza á la ciudad del Cid, visitemos nosotros las provincias occidentales de España y sus países contiguos, y examinemos lo que allí pasa.

Dejamos en el mes de julio á lord Wellington siguiendo el movimiento retrógrado del mariscal Marmont. Luego que el primero hubo pasado el rio Tajo, caminó al norte y sentó sus reales el 10 de agosto en Fuenteguinaldo, dando indicios de querer amagar á Ciudad-Rodrigo; pero continuando todavía en su sistema de inaccion, nada hizo en realidad, permaneciendo inmóvil hasta promediar setiembre. Esta apatía, pues nos cuesta repugnancia llamarla prudencia como algunos quieren, ofrecia á la activa energia de los generales franceses ocasion de intentar operaciones que se hubieran guardado bien de acometer con un gefe mas resuelto á la cabeza del ejército anglo-lusitano. Ella les hizo concebir la esperanza de poder verificar una nueva incursion en el reino de Galicia, y para dar el primer paso determinaron atacar á nuestro 6.º ejército, á la cabeza del cual ya no estaba D. José Santocildes; el tino con que este gefe habia procedido y la disciplina que logró introducir en aquellas tropas, tan desorganizadas antes y que tan justamente reclamaban la continuacion de su mando, no fueron bastantes para mantenerle en él. Bien fuera efecto de celos del general Castaños, que desde Estremadura conservaba la supremacia del 6.º ejército, ó bien del poco acierto que solia tener la Regencia en la concesion de mandos, ello es que el premio que el digno Santocildes mereció por

sus buenos servicios fué verse inopinadamente relevado por D. Francisco Javier Abadía.

Se hallaba situado á la sazón el referido 6.º ejército del modo siguiente: la vanguardia, regida por D. Federico Castañón, en San Martín de las Torres y puente de Cebrones; la tercera división, al cargo del brigadier Cabrera, en la Bañeza; y la segunda, ahora á las órdenes del conde de Belveder, en el puente de Orbigo: en Astorga estaba la reserva, y en Asturias permanecía, como antes digimos, la primera división.

El general Dorsenne, que mandaba en jefe las tropas y distritos llamados del norte, era el que tenía á su cargo la nueva proyectada invasión de Galicia, y alentado con la mudanza del general del 6.º ejército, trató de atacarle el 25 de agosto. Abadía, recién llegado y sin conocimiento de las tropas que mandaba, recelaba del éxito de la retirada, á la que le obligaban las superiores fuerzas que iban sobre él: en este conflicto dejó á Santocildes y á D. Juan Moscoso la dirección de las operaciones.

Estas fueron dirigidas con bastante tino, cuidando siempre de no agolpar las tropas á un solo punto, cubriendo así las diversas entradas de Galicia y algunas de las de Asturias, y estableciendo comunicaciones á la derecha con los portugueses que mandaba en Tras-los-montes el general Silveira.

Los franceses empezaron su avance, acometiendo primero la división del brigadier Cabrera establecida en la Bañeza, la cual los recibió con firmeza, sostuvo briosamente una fuerte embestida de los lanceros enemigos, y se replegó después en el mejor orden por Castrocontrigo á la Puebla de Sanábria, punto que le estaba designado. En la tarde del mismo día 25 atacaron los franceses á la vez á la vanguardia y á la segunda división, las cuales se retiraron al punto de Castrillo para unirse con la reserva.

Reunidas las tres divisiones marcharon el 26 en dirección al puerto de Fuencebado, excepto los regimientos 1.º del Ribero y 2.º de Asturias, los cuales defendieron valerosamente el puerto de Manzanal el día 27.

En este último día penetró el francés por Fuencebado, en donde se defendió largo tiempo Castañón con la reserva en las alturas situadas entre Riego y Molinaseca. En este punto lo mismo que en Manzanal fueron escarmentados los enemigos con mucha pérdida entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general Corsin y el coronel Barthez, y habiéndoles quitado también los nuestros el águila al regimiento 6.º de infantería. Nuestra pérdida en ambos puntos fué insignificante.

La superioridad de las fuerzas enemigas pudo vencer la resistencia de los españoles, y avanzando siempre, se estendieron por el Vierzo. Abadía estableció su cuartel general en el puente de Domingo Florez, cubriendo á Galicia por esta parte; mandó retirar la artillería de Villafranca, camino de Lugo, destinó fuerzas que sostuviesen las alturas de Valcarce, y dejó en Toreno las suficientes para cerrar las avenidas de Asturias.

Esta oportuna distribución del 6.º ejército, el orden de su retirada, el valor con que había rechazado el empuje francés y los recuerdos de la anterior resistencia de Galicia, infundieron temor al general Dorsenne, que desistiendo de la proyectada invasión, no se determinó á pasar de Villafranca del Vierzo, de donde se retiró en los días 30 y 31 del mismo agosto, saqueando sus tropas, según costumbre francesa, los pueblos del tránsito, y llevándose varias personas en rehenes por el pago de las grandes contribuciones que impuso. Abadía volvió á sus puntos, debiéndose á la buena armonía que observó con su antecesor el feliz resultado de estas operaciones. ¡Lástima que no observara siempre la misma prudente conducta!

La nueva actitud del 6.º ejército obligó á Dorsenne á precipitar su retirada, limitándose ya á proteger y fortalecer á Astorga. Ayudaron á esta determinación los avisos del mariscal Marmont, necesitado de refuerzos para el movimiento que proyectaba sobre el Agueda y sus cercanías.

Lord Wellington, firme siempre en Fuenteguinaldo, pensaba rendir por hambre á Ciudad-Rodrigo, sumamente escasa de víveres. Para lograr este objeto formó una línea que desde el Azava inferior se prolongaba por el Cárpio, Espeja y el Bodon á Fuenteguinaldo. Establecido en este punto el cuartel general, lo reforzó con obras de campaña, y colocó en él la cuarta division: destacó á la derecha del Agueda la division ligera, y puso en las lomas de la izquierda del mismo rio la tercera con la caballería, apostando una vanguardia en Pastores, á una legua de Ciudad-Rodrigo. El general Graham, que luego que fué relevado del mando de la Isla de Leon, pasó á este ejército y sucedió á Sir Bren Spencer en calidad de segundo de Wellington, mandaba las tropas de la izquierda alojadas en la parte inferior del Azava, ocupando la superior, en donde formaba el centro Sir Stapleton Cotton con la mayor parte de la caballería. De los españoles solo estaban D. Julian Sanchez y D. Carlos España, enviado el último por Castaños para alistar gente en Castilla la Vieja y mandar aquellos distritos: ambos gefes recorrían el Agueda rio abajo. La quinta division inglesa fué destinada á observar el punto de Perales, permaneciendo á retaguardia de la derecha. La sétima servía de reserva en la Alamedilla. El resto de las fuerzas anglo-portuguesas ya hemos dicho que quedó á las órdenes del general Hill en el Alentejo, para atender á la defensa de la izquierda del Tajo y á las ocurrencias de la Estremadura española.

Deseando Marmont socorrer á Ciudad-Rodrigo, tuvo que combinar sus movimientos con el general Dorsenne, construyendo previamente un reducto en el puerto de Baños, asegurando los puentes y barcas de ciertos rios, y colocando al general Foy con la sesta division en custodia del camino militar y pasos de la sierra.

Tomadas estas precauciones, salió el mariscal de Plasencia el 15 de setiembre, y el 22 se juntó con Dorsenne cerca de Tamames. Con el último general se habia incorporado una division mandada por el de igual clase Souham, la cual pertenecia á las fuerzas que habian entrado últimamente en España cuando las italianas de Severoli. Reunidas todas estas tropas, puede asegurarse que marchaban ahora sobre Ciudad-Rodrigo 60,000 hombres, 6,000 de caballería y numerosa artillería.

El sistema observado por lord Wellington hacia creer no esperaria á dar la cara á fuerzas tan crecidas, y que se retiraria rápidamente sobre Portugal; pero no fué asi, mostrándose esta vez mas atrevido. Sin pretender estorbar la introduccion de víveres en Ciudad-Rodrigo, aguardó al enemigo en sus mismas posiciones. Atacóle aquel el 25, trabando el combate el general Wathier con 14 escuadrones por la parte inferior del Azava que guarnecia Graham, y arrolló los puestos avanzados, los cuales, reforzados oportunamente, recobraron pronto el terreno perdido. Esta tentativa no era mas que un amago para distraer la atencion del principal ataque, dirigido contra la tercera division inglesa situada en las lomas que se divisan entre Fuenteguinaldo y Pastores. A este punto se dirigieron sobre 40 escuadrones mandados por el general Montbrun con mucha artillería, debiendo favorecer este movimiento 14 batallones. Aunque al principio dudó Wellington si atacarian los enemigos aquella posicion por el camino real que va á Fuenteguinaldo, ó por los pueblos de Encina y Bodon, cerciorado luego de que seria por el camino real, dispuso reforzar seriamente aquel punto. Los ingleses establecidos en él, aunque al principio en corto número, se defendieron denodadamente contra la caballería y artillería enemiga, recobrando dos piezas abandonadas en la primera embestida.

No habia llegado aun la infantería francesa; mas advirtiéndole Wellington que se aproximaba, y conociendo que llegarían al punto atacado antes de los principales refuerzos británicos llamados de partes mas lejanas, resolvió abandonar las lomas asaltadas y retirar á Fuenteguinaldo las tropas que las defendian. Estas verificaron el repliegue en el mejor orden, formando cuadro que no pudo romper todo el empuje de la caballería francesa. Solo quedó como cortada la pequeña vanguardia que cubria el alto de Pastores y mandaba el teniente coronel Williams; pero este oficial lejos de atribularse mantúvose reposado, y con acertada diligencia subió

el Agueda la orilla derecha arriba hasta Robledo, en donde repasó el río, logrando por la tarde unirse felizmente al grueso del ejército en Fuenteguinaldo.

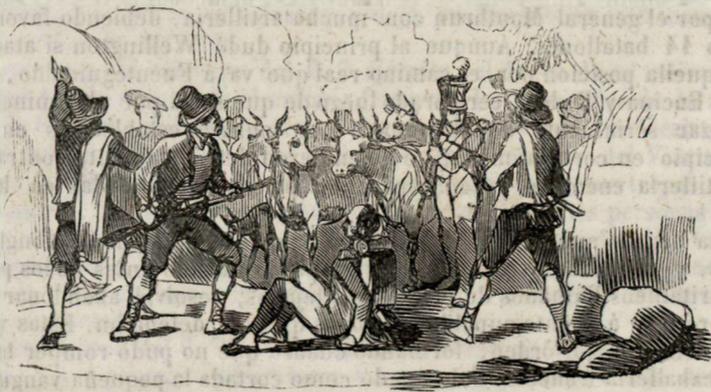
Aquí en el mismo día estableció su centro lord Wellington, alterando la anterior posición con la derecha del lado del Puerto de Perales, y la izquierda en Navavel. Apostó á D. Carlos España con la infantería española junto al Coa, enviando la caballería bajo D. Julian Sanchez á retaguardia del enemigo. El 26 reunieron los franceses toda su gente, y practicando un reconocimiento sobre la estancia de Fuenteguinaldo, la consideraron tan fuerte que desistieron de atacarla. Mas á pesar de eso todavía no la tuvo Wellington por bastante segura ó afectó por lo menos no complacerle aquella posición, y retrocedió tres leguas, situando el 27 la derecha en Aldea Velha, la izquierda en Bismula y el centro en Alfayates, antiguo campo romano y hoy villa de Portugal, en sitio alto cercado de viejos muros. En este día dos divisiones francesas, siguiendo de cerca á los aliados, tuvieron vivos y repetidos choques, y la cuarta división inglesa perdió y recobró dos veces á Aldea da Ponte.

Aun no satisfecho Wellington en su última posición, se retiró una legua atrás á estancias que se dilataban por la cuerda del arco que forma el Coa cerca de Sabugal, dejando á la derecha la sierra dos Mesas, y á la izquierda el pueblo de Rendo, sitio que juzgó propio para presentar batalla á los franceses; pero estos la esquivaron, satisfechos con haber cumplido su objeto de socorrer á Ciudad-Rodrigo.

A los pocos días se separaron los dos generales franceses, dirigiéndose Dorsenne hácia Salamanca y Valladolid, y Marmont á tierra de Plasencia. La poca armonía que hubo entre estos dos generales enemigos causó esta separación, así como antes les había impedido atacar en debida forma al ejército aliado, al cual pudieron hacer mucho daño: la discordia y los celos fueron esta vez beneficiosos á la causa nacional.

Lord Wellington estableció sus reales en Freineda, en donde empezó los preparativos para formalizar el sitio de Ciudad-Rodrigo, á lo que ayudaban mucho las operaciones de nuestras provincias de levante llamando al opuesto extremo la atención de los ejércitos franceses. También contribuían al sosiego del lord la suma actividad de los partidarios españoles de aquellas comarcas, especialmente la de D. Julian Sanchez, que no dejaba un momento tranquilo al enemigo.

Entre los muchos hechos notables ejecutados por este en aquellos meses, no es el menos atendible el acaecido el 15 de octubre en las cercanías de Ciudad-Rodrigo. Sacaban los enemigos su ganado á pastar fuera, y deseoso Sanchez de cogerle, armó una celada con 560 infantes y 130 ginetes en ambas orillas del Agueda corriente abajo. Al tiempo mismo que acechaban los nuestros y se preparaban á la sorpre-



EL PARTIDARIO SANCHEZ.

sa, salió de la plaza á hacer un reconocimiento con 12 de á caballo el gobernador frances Renaud, y emparejando parte de los emboscados con él y su escolta, apoderáronse de su persona por la izquierda del rio, á la sazón que por la derecha aprehendían los otros 500 reses de ganado vacuno y cabrio. Desesperábase Renaud por su infortunio, y D. Julian, tratando de consolarle, le dió una cena acompañada de música y tan espléndida como permitian las circunstancias de su vario é inestable campo.

Tampoco se descuidaba el conde de España en inquietar á los enemigos, y sumamente irritado porque el general Mouton, comandante de unas tropas que entraron en Ledesma, hubiese arcabuceado á 6 prisioneros nuestros 24 horas despues de haberlos cogido, hizo otro tanto con igual número de franceses, escribiendo en 12 de octubre al gobernador de Salamanca, Thielbaud, una carta en la que son dignas de notarse las siguientes cláusulas. « Es preciso que V. E. entienda y haga entender á « los demas generales franceses, que siempre que se cometa por su parte semejan- « te violacion de los derechos de la guerra, ó que se atropelle algun pueblo ó parti- « cular, repetiré yo igual castigo inexorablemente en los oficiales y soldados fran- « ceses... y de este modo se obligará al fin á conocer que la guerra actual no es « como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacrifican la sangre de « sus desgraciados pueblos para satisfacer su ambicion, ó por el miserable interes, « sino que es guerra de un pueblo libre y virtuoso, que defiende sus propios dere- « chos y la corona de un rey, á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido « obediencia, mediante una Constitucion sábia que asegure la libertad política y la « felicidad de la nacion. » ¡ Asi se espresaba el conde de España en 1811! Cuando se compara el estilo de esta carta, tan propio del general de un pueblo libre, con la conducta de ese mismo gefe á las órdenes de Fernando VII, no se sabe qué admirar mas, si la inconsecuencia del corazon humano, ó las artes del despotismo para corromperlo.

A la derecha delord Wellington se encontraba, como ya apuntamos en su lugar, D. Francisco Javier Castaños con el 5.º ejército, auxiliado por las tropas del general Hill, y ambos gefes dieron tambien ocupacion á los franceses. Aunque el mando del primero se estendia al 6.º ejército y despues comprendió tambien el del 7.º, su autoridad inmediata solo se dejaba ver en Estremadura y puntos vecinos. La conducta rigorosa y cruel que observaba alli el general Castaños con los desertores, infidentes y otros reos, formaba un singular contraste con la aparente blandura de su carácter, y con aquel espíritu dulce y conciliador que ha sabido usar siempre que lo han exigido otras circunstancias. Confesaremos, sin embargo, en honor de la verdad, que en ocasiones, aunque las menos, usó sus rigores contra delinquentes cuyo proceder aterra y espanta. Tal fué en el caso de José Pedrezuela y su muger Maria Josefa del Valle. Barba el primero del coliseo del Príncipe de Madrid, fingióse comisionado regio del gobierno legitimo, y desempeñó el supuesto cargo en Piedralaves y Ladrada, pueblos de tierra de Toledo. Los habitantes y guérrillas de la comarca le obedecian ciegamente en la creencia de ser enviado por el gobierno de Cádiz. La ocupacion enemiga favorecia el engaño. El Pedrezuela y su esposa quedaron convictos de haber condenado á suplicios bárbaros sin facultad ni juicio prévio á mas de 43 personas. Ejecutaba aquel las sentencias por sí mismo, ó las hacia ejecutar á media noche en un monte ó heredad, cosiendo á sus victimas á puñaladas, ó matándolas de un fusilazo en el oido. Iba la muerte á veces acompañada de otros horrores, y si bien se probaron solo 43 asesinatos, se imputaban á los reos fundadamente mas de 60. La muger, hembra de ferocidad exquisita, condenaba en ausencia del marido y superaba á este en saña y encarnizamiento. Querian cohonestar sus crueldades con el patriotismo, y sacrificaron á varios sugetos respetables, entre otros á D. Marcelino Quevedo, asesor de las guerrillas de la provincia de Toledo. Alucinados asi los pueblos y contenidos por el respeto que tributaban al gobierno legitimo, sometieron al seudo comisionado por espacio de tres meses. Descubierta al fin la falsía y enredo, dióse orden de prender á matrimonio tan sanguinario y bien apareado, mandando Castaños formarles causa. Vista esta, condena-



PEDREZUELA Y SU MUJER.

ron los jueces al marido á la pena de horca, y á ser en seguida descuartizado; á la mujer á la de garrote. Ajusticiáronlos el 9 de octubre en Valencia de Alcántara. Castigo justo que la vindicta pública imperiosamente reclamaba.

Con no menos razon pedia tambien el de D. Benito María de Ciria, capitán retirado y actual corregidor del rey José en Almagro. Llamábanle el Neron de la Mancha. Obtuvo tal nombre por las estorsiones que causó, y por los varios inocentes que llevó al cadalso. Le prendió el 29 de setiembre cerca de aquella ciudad el capitán D. Eugenio Sanchez, al tiempo que su gefe el sargento mayor D. Juan Vaca, de la partida ó sea húsares francos de D. Francisco Abad (Chaleco), atacaba á la guarnicion enemiga, la deshacia y tomaba bastantes prisioneros. Un consejo de guerra reunido por Castaños condenó á Ciria á la pena de garrote, ejecutada el 25 de octubre en el mismo Valencia de Alcántara.

Algunos otros casos pudiéramos referir tan conformes á la recta administracion de justicia como los dos espresados; mas tambien pudiéramos indicar varios que lejos de ser emanacion de aquella, parecian mas bien efecto de intolerancia ó fiereza, especialmente si se atiende al estado de la nacion en aquella época.

Los límites á que debemos ceñirnos no nos dejan detenernos en la enumeracion de muchos hechos ejecutados por los guerrilleros de aquellos distritos. Asi pues, haciendo solo honorífica mencion del partidario D. Antonio Temprano, que el 8 del citado octubre á las puertas mismas de Talavera libertó al coronel ingles J. Grant, cogido antes prisionero en el Aceuche, pasaremos á recordar otras acciones que no se pueden pasar en silencio sin faltar á la exactitud de la historia.

Los enemigos, con el doble objeto de aumentar sus recursos demasiado escasos y privar al 5.º ejército de los pocos que el pais podia ofrecerle, trataron de estrecharle en corto espacio. A este fin se situó en Cáceres y se extendió hasta las Brosas el general Girard con una columna de 4,000 infantes y 1,000 caballos pertenecientes al 5.º cuerpo frances, que bajo las órdenes del general Drouet dominaba las márgenes del Guadiana. Aunque hacia tiempo que los franceses deseaban ejecutar este movimiento, lo habian diferido recelosos de tener que empeñar un choque con las fuerzas reunidas de nuestro ejército y las de los anglo-portugueses al mando de Hill. Pero la constante inmovilidad de estas últimas, que sin ayudar en nada á los españoles permanecian en perpétua inaccion allá en el Alentejo, los determinó á efectuar su proyecto con el que quitaban la subsistencia á nuestro

ejército, pues á la junta de la provincia establecida en Valencia de Alcántara le era imposible suministrarle ni aun lo mas preciso.

Conociendo el general Castaños la imposibilidad de continuar en situacion tan angustiosa, recurrió á lord Wellington, y le propuso un movimiento para el cual le era indispensable la cooperacion de las tropas aliadas. Persuadido el general ingles de la necesidad de acceder á tan justa demanda, dió las órdenes oportunas para ello, y en su consecuencia el general Hill, con la mayor parte de sus fuerzas, que ascendían á 14,000 hombres, se puso en marcha para Estremadura, y el 23 de octubre asomó ya por Alburquerque. El 24 se le juntó en Aliseda D. Pedro Agustin Giron, segundo de Castaños y comandante de la columna destinada á obrar con los ingleses, la cual se componia de 5,000 hombres distribuidos en dos trozos, á las órdenes inmediatas del conde de Penne Villemur y de D. Pablo Morillo.

El general Girard permanecia en Cáceres con la fuerza principal de su division, teniendo destacamentos en varios puntos, entre ellos uno de 500 caballos en Arroyo del Puerco. los cuales al presentarse Penne Villemur con la caballeria española se retiraron el 25 á Malpartida, desde donde, conociendo que iban á ser atacados, se replegaron á Cáceres, cuya ciudad tambien abandonó el general frances dirigiéndose á Torremocha.

Prosiguiendo los nuestros su marcha, se reunieron todos el 27 en Alcuéscar, donde supieron con admiracion que Girard se mantenía en Arroyomolinos, distante una legua corta. La confianza que los franceses tenían en que el ingles no se internaria mucho en España, y la suma fidelidad con que los habitantes guardaron el secreto de nuestra marcha, motivaron el descuido de Girard, imperdonable de otra manera en un general experimentado.

Hill, que mandaba en jefe á los hispano-anglo-portugueses, determinó aprovechar la ofuscacion del general contrario, y á las dos de la madrugada del 28 puso en movimiento todas las tropas, en medio de un fuerte temporal de agua y viento, que solo pudieron soportar los nuestros por darles de espaldas. Avanzado asi en buen orden y con el mayor silencio se formaron las columnas, siendo todavia de noche, en una hondonada cerca de Arroyomolinos.

Esta villa, distante 6 leguas de Cáceres, pertenece al partido de Mérida y se titula Montanchez por hallarse situada á la falda de la sierra de aquel nombre. Se halla como aislada, y sin otras comunicaciones que pocas y trabajosas subidas con malas veredas. Puestos los aliados en orden de ataque en el sitio indicado, moviéronse á las siete de la mañana para sorprender al enemigo. Una columna anglo-portuguesa con artillería mandada por el teniente coronel Stuart marchó en derecha al pueblo; otra compuesta de la infanteria española regida por Morillo se dirigió á flanquear las casas por la izquierda, y una tercera, tambien de infantes anglo-portugueses, mandada por Howard, tomó por la derecha y se adelantó á cortar los caminos de Mérida y Medellin, para de alli revolver sobre el frances y atacarle. A la derecha de esta última columna iba la caballeria española, y á la izquierda la británica, algo retrasada esta por haberse extraviado un tanto durante la noche.

El general Girard estaba todavia ignorante del movimiento y proximidad de los aliados, merced á la inmutable fidelidad que hasta lo último observaron los habitantes del pueblo y su comarca. Asi fué que llegaron los nuestros sin ser sentidos y á tiempo que Girard emprendia su marcha á Mérida. Una brigada á las órdenes de Remond le habia precedido saliendo de Arroyomolinos antes del alba, mas la retaguardia con alguna caballería y los bagages permanecian aun en el pueblo. Una espesa niebla cubria la cima de la sierra, y marchaba Girard con todo descuido cuando le avisaron se acercaban tropas. Ageno de que fuesen regladas, y mucho menos inglesas, figurósele que eran partidarios, por lo que mandó apresurar el paso y no detenerse á repeler la acometida.

Pero grande fué su sorpresa y la de sus soldados al ver su desengaño, que solo conocieron en el momento de pelear, pues descubrirlos los nuestros, atacarlos y

romperlos casi fué todo uno. Parte de la columna anglo-portuguesa, que se habia dirigido al pueblo, entró en él: el resto persiguió á Girard, ya en marcha, quien en vano formó dos cuadros, encerrados estos entre los fuegos de los que venian de Arroyomolinos y los de la columna de Howard, que se habia antes adelantado á cortar los caminos. La caballeria española dió tambien sobre el general frances, y la llegada de la inglesa á las órdenes de Sir W. Eriskine acabó de trastornarle. Salvóse aquel entonces con pocos trepando por peñas y riscos, y se acogió á la sierra. Morillo continuó el alcance por el puerto de las Quebradas hasta la altura que da vista á Santa Ana. El mucho cansancio de la tropa y lo malo de los caminos no le permitieron ir mas allá. La accion habia ya dado ventajosisimos y gloriosos resultados. Perdieron los enemigos 400 muertos y heridos, entre ellos al general Dombrowski, quedando prisioneros el general Brun, el duque de Aremberg, el gefe de estado mayor Idri, gran número de oficiales y 1,400 soldados, cabos y sargentos. Se cogieron dos cañones y un obus, el tren, dos banderas, una por los españoles, otra por los anglo-portugueses; muchos fusiles, sables, mochilas, caballos, el bagage entero, desapareció, en fin, aquella division, excepto muy pocos hombres que acompañaron á Girard, y la brigada de Remond que como habia salido con anticipacion de Arroyomolinos, ni tomó parte en el combate, ni tuvo de él noticia hasta llegar á Mérida. Aumentó la satisfaccion de los aliados la poca gente que perdieron: 71 hombres los anglo-portugueses, unos 50 los españoles. Obraron todos los gefes muy unidos y con destreza y tino; y entre los nuestros se señalaron muy especialmente Giron, Morillo y Penne, el primero dirigiendo, los otros ejecutando. Esta accion infundió gran terror en los franceses. Badajoz permaneció cerrado dos dias y dos noches, muy vigilados los vados del Guadiana, y recogidos los destacamentos sueltos en los parages mas fuertes. Para apreciar la importancia de este glorioso hecho, bastará recordar que Soult se la dió grande al dar parte de él al emperador, en cuya desgracia cayó el general Girard, siendo reemplazado por el de igual clase Barrois.



VICTORIA DE ARROYOMOLINOS.

Seis dias permanecieron los aliados ocupados en recorrer el pais en todos sentidos para esterminar á los franceses dispersos, recibiendo de los habitantes las mas relevantes pruebas de entusiasmo y afecto, saliéndoles al encuentro y suministrándoles todos cuantos víveres tenian á su disposicion. Sabiendo despues que Drouet vuelto en sí avanzaba, retiráronse los españoles á Cáceres y los anglo-portugueses á sus antiguos acantonamientos.

Gloriosas nuestras armas en Estremadura, tenian que lamentar desgracias en

Asturias y Galicia, producidas en lo principal por la imprudente separacion de Santocildes de la direccion de aquel ejército. D. Francisco Javier Abadía, á quien al principio vimos tan prudente y cuerdo, cambió despues totalmente de conducta. Falto de acierto y tino, quiso dar nueva organizacion á su ejército, sin tener para ello un fundado motivo, y alterando la juiciosa que su entendido antecesor le habia dado, mudó gefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados: trasladólos de unos á otros cuerpos, confundiéndolo todo y obrando de forma, que no lo hubiera hecho de otro modo á estar encargado de introducir en el ejército la confusion y el desorden, y por consecuencia la indisciplinacion y el desaliento; y todo esto al frente de un enemigo tan astuto y sagaz para aprovechar aun las mas indiferentes circunstancias. Representó contra tales desvarios el instruido gefe de estado mayor Moscoso, mas sin conseguir otro fruto que dar pábulo al capricho para sostener los acuerdos de la ligereza. No paró aqui el mal: Abadía en vez de permanecer en el ejército para establecer por sí su descabellado plan, ausentóse á tomar baños, y pasando despues á la Coruña, envió en su lugar al marques del Portago, hombre de buena intencion, mas de corta capacidad; siendo el resultado de tan inconsideradas medidas determinar que el ejército no saliera del Vierzo, manteniéndole largo tiempo en una vergonzosa inaccion.

De ella se aprovecharon los franceses para intentar ocupar de nuevo á Asturias, que era el ardiente deseo de Bonnet, ya por dominar un pais conquistado se atribuía, ya para librarse de la dependencia del general Drouet en Castilla. Alentaba tambien las esperanzas del enemigo una de las imprudentes medidas de Abadía, cual fué sacar de Asturias las tropas aguerridas que alli habia, mandando en su lugar otras bisoñas.

Luego que los españoles descubrieron la idea de Bonnet de invadir el principado encaminóse el gefe de estado mayor Moscoso á Oviedo á marchas forzadas, no con la esperanza de evitar el golpe, sino para siquiera disponer con orden la retirada de nuestras tropas y disminuir el desastre en lo posible, ya que no podia contarse con la ayuda del 6.º ejército.

La primera division de este permaneció en Asturias al mando de D. Francisco Javier Losada; pero trastocada del todo por el nuevo arreglo de Abadía que hemos dicho. Sin parte Losada en tamaños desaciertos, tomó por la suya durante su mando en el principado algunas medidas militares muy oportunas. En la Puente de los Fierros hizo levantar varias obras de campaña, colocando alli y en los puntos mas fuertes de la avenida de Pajares una de sus secciones al mando de D. Manuel Trevijano.

El general Bonnet determinó acometer el principado no solo por dicho puerto, sino tambien por el de Vertana, mas al oeste. Reunió para su expedicion 12,000 hombres que repartió en dos divisiones. La principal la mandaba el mismo Bonnet, y se dirigió por Pajares; la otra la dirigia el coronel Gauthier.

Sabedor Losada del plan del enemigo, trató de burlarle, poniendo con anterioridad en movimiento sus tropas sobre el Narcea; pues de este modo impedia le cortasen los franceses la retirada hácia Galicia. En consecuencia el 5 de noviembre, día en que se presentó Bonnet delante de la Puente de los Fierros, no se hizo en ella otra resistencia que la necesaria para ocultar lo proyectado, siendo el éxito tan feliz, que reuniéndose el 7 todas las tropas en Grado, marcharon sin detenerse á tomar puesto en las alturas del Fresno y cubrir el paso del Narcea. La celeridad y buen orden con que se efectuó la maniobra destruyó los intentos del enemigo, no siéndole dado á Gauthier ponerse á nuestra espalda: al bajar del puerto de Vertana no pudo hacer mas que perseguir á los españoles, y aunque en Doriga alcanzó á la retaguardia, fué briosamente rechazado por esta y precisado á unirse á Bonnet, que habia entrado ya en Oviedo. Iban con Losada D. Pedro de la Bárcena, restablecido ya de sus anteriores y honrosas heridas, y D. Juan Moscoso: la presencia de ambos en la retirada ayudó mucho á la diligente actividad del primero. Artillería, municiones, efectos pertenecientes al ejército y real hacienda, todo se salvó, embar-

cándolo en Gijón ó trasportándolo por tierra. Los vecinos de la capital del principado, como los moradores de todos los pueblos, abandonaron por lo general sus casas, dando ejemplo de tan constante patriotismo los mas pudientes del país.

Mucho sintió Bonnet al entrar en Oviedo ver la ciudad tan desierta, porque si bien estaba acostumbrado á ello, esperaba que los trabajos y el tiempo hubieran apagado el fuego del primer entusiasmo. No menos sintió encontrar vacías las fábricas de armas y los almacenes, impidiéndole esto proveer á su tropa y emprender otras operaciones.

Resuelto, sin embargo, á probar fortuna, mandó á Gauthier ir sobre los españoles. Losada entonces juzgó prudente retirarse aun mas allá del Narcea, y el francés llegó á Tineo el 12 de noviembre. Mantúvose allí muy poco, porque combinando nuestros gefes un movimiento, le atacó Bárcena con una seccion y le obligó á retirarse. Tambien Abadía pensó amagar por Astorga y el Orbigo, para divertir la atencion de los franceses de Asturias; pero la idea se quedó en proyecto, dejando su ejecucion para mas adelante. Sin embargo de eso, esta vez Bonnet, menos feliz que en las anteriores, apenas poseyó en el principado otro terreno sino la linea de Pajares á Oviedo, pues por el oeste le fueron estrechando sucesivamente Losada y Bárcena, y por levante D. Juan Diaz Porlier. Este intrépido caudillo, y todos los que mandaban las divisiones y cuerpos francos de que constaba el 7.º ejército, hicieron por el mismo tiempo guerra continua al enemigo desde Asturias hasta la Navarra inclusive. La composicion de las tropas del 7.º ejército no era uniforme, ni adecuada para obrar á la vez en linea, pues no lo permitian ni las circunstancias del país, ni el origen de aquellas divisiones y la independencia que necesitaban sus gefes para continuar prestando los importantes servicios que desde el principio habian ofrecido en la guerra de partidas. Su general en jefe D. Gabriel de Mendizabal llegó allí en verano. No puso al frente ninguna division ni cuerpo especial, sino que los recorrió todos, empezando por el de Porlier, situado comunmente en Potes, montañas de Santander, y acabando por el de Merino en Burgos y el de Mina en Navarra. La presencia del general alentaba á los pueblos, en particular á los de Vizcaya, de donde era natural. Las operaciones se ejecutaban algunas con su anuencia, otras sin ella, y solo por direccion de sus mismos gefes. De ambos modos hubo varias muy señaladas.

Desde junio se ocupó Porlier en organizar mejor y aumentar su fuerza que pasaba de 4,000 hombres. Habia tambien acopiado en la Liébana 8,000 fanegas de trigo y muchos otros viveres, lo que no pudo verificar sin repetidas y penosas correrías, internándose en Castilla y batiéndose con bizarria en peligrosos reencuentros. Dispuesto ya, despues de mil fatigas, á emprender algun hecho memorable, se dirigió en el mes de agosto sobre Santander, y atacó el 14 la ciudad y los fuertes de Solia, Camargo, Puente de Arce y Torre la Vega, porque aqui como en las demas provincias habian los franceses fortalecido casi en cada pueblo algun grande edificio, ó mejorado fuertes antiguos, donde ampararse en las correrías de los guerrilleros. Mandaba en Santander el general Rouget; y rompiendo Porlier el fuego por el sitio de los Molinos de Viento, colocóse el general francés á la cabeza de la guarnicion, compuesta de 500 hombres, la cual acorralada en las calles y en las casas, quiso en vano sostenerse, y destrozada, apenas lograron salvarse 100 hombres y el gefe. Al mismo tiempo atacaron los de Porlier los demas puntos arriba indicados, y se apoderaron de Solia, Puente de Arce y Camargo, cuyos fuertes arrasaron. El de Torre la Vega lo mantuvieron los contrarios, pasando de 400 hombres la pérdida de estos en los diferentes ataques sin incluir muchos prisioneros, algunos de ellos oficiales de graduacion. Recogieron asi mismo los nuestros abundante botin, siendo algun tiempo dueños de casi toda la provincia de Santander, hasta que reforzado Rouget considerablemente y marchando sobre Santander, la abandonaron los nuestros, no juzgando prudente oponer resistencia con fuerzas tan inferiores.

Dispuso tambien Porlier que D. Juan Lopez Campillo, que maniobraba desde la carretera del Escudo hasta las provincias Vascongadas, fuese engrosado con cuadros



PORLIER EN SANTANDER.

instruidos por Renovales y que ascendían á 800 hombres. Así se distrajo al enemigo, y Campillo consiguió el 26 de setiembre ventajas cerca de Valmaseda. Lo mismo hizo D. Francisco Longa en diversos ataques el 2 del mismo mes en la Peña nueva de Orduña, dando uno y otro, junto con Jáuregui (el Pastor) y demas gefes, mucho que hacer al general Caffarelli que allí mandaba. Longa fué el que por lo comun acompañó á Mendizabal en sus viages, avistándose ambos en diciembre con Merino en tierra de Burgos. Unidos los tres, se redobló el celo de los pueblos, y se llamó grandemente hácia Castilla la atencion de los franceses: diversion que servia al ingles en Portugal, no menos que á los caudillos españoles que batallaban en los demas puntos.

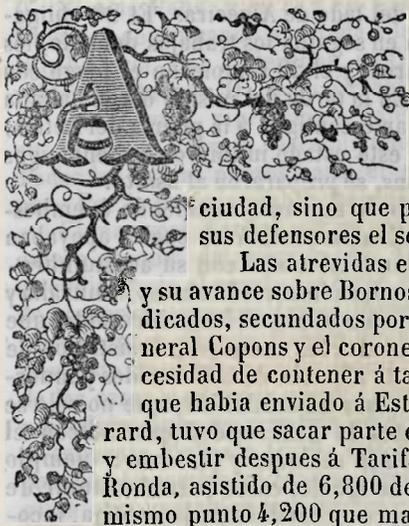
El conocimiento que ya tenemos del insigne Mina es bastante para persuadirnos de que no necesitaba de semejantes estímulos para seguir por el espinoso camino que con tanta gloria habia emprendido. Ya le vimos maniobrando en Aragon para ayudar á Valencia, y de victoria en victoria marchar intrépido hasta embarcar sus prisioneros en el golfo de Vizcaya: ahora al terminar el año hizo mansion en Navarra, mas descargada de tropas enemigas á causa de las que habian salido en socorro de Aragon, Valencia y Castilla. Respiró por tanto Mina momentáneamente en cuanto á ser perseguido, sin que por eso dejasen de afligirle otros cuidados. En Pamplona habia el frances acrecentado sus rigores y poblado las cárceles y conventos con los padres, parientes y familias de los voluntarios que servian bajo las banderas de la patria, ahorcando á unos y conduciendo á otros á Francia desapiadadamente. Mina, airado con razon, dió en 14 de diciembre un decreto en que anunciaba represálias terribles. Decia en el preámbulo: «Ni los sentimientos de humanidad, ni las leyes de la guerra admitidas entre los militares civilizados, ni la conducta generosa de los voluntarios de Navarra han contenido el espíritu sanguinario y desolador de los generales franceses y autoridades intrusas... no se dá un paso sin oír tristes alaridos causados por la tiranía. Navarra es el pais del llanto y amargura; se vierten lágrimas continuas por la pérdida de sus mejores amigos: padres que ven á sus hijos colgados en una horca por su heroicidad en defender la patria; estos á sus padres consumidos en la prision, y por último, espirar en un palo sin mas delito que ser padres de tan valientes defensores. Continuamente he pasado á los generales franceses de Navarra los oficios mas enérgicos, capaces de reprimirlos y hacerlos entrar en el orden: no he perdonado diligencia alguna para reducir la guerra á su debida comprension: estoy justificado de mis procedimientos... Para colmo de la iniquidad francesa y perfidia de algunos malos españoles, he visto

« 12 paisanos fusilados en Estella, 16 en Pamplona, 4 oficiales y 38 voluntarios « pasados por las armas en dos dias..... » Despues, en el primer artículo, declaraba guerra á muerte y sin cuartel á gefes y soldados, incluso el emperador de los franceses. Todos los demás artículos eran del propio tenor. En uno de ellos se consideraba á Pamplona en estado de verdadero sitio, y proclamábanse de consiguiente varias resoluciones. No faltarán algunos que culpen á Mina de cruel y sanguinario á la lectura de las anteriores providencias; pero estos deben tener presente, primero las inauditas atrocidades de los franceses, y despues la necesidad que tenia Mina, como todos los demas partidarios, de remover cuantos obstáculos impidieran engrosar sus filas; y ¿cuál otro debia con mas razon alejar de ellas á los patriotas que las bárbaras medidas de los franceses? ¿Quién seria el que marchára á alistarse en las banderas de la patria, sabiendo que asi se condenaba á la horca á sus padres y parientes? Por mas que la humanidad se resienta del acuerdo del previsor caudillo de Navarra, su adopcion fué necesaria en aquellas circunstancias, y mas produciendo el efecto que su autor se propuso, pues llevándolo á ejecucion con la firmeza que le caracterizaba, obligó mas tarde á los franceses á entrar en razon y á modificar sus crueldades en Pamplona, reportando de este modo la humanidad un beneficio inmenso del mismo decreto que á la vista de la irreflexion parecia espedido para su ruina.



CAPITULO XXIV.

Serranía de Ronda.—Movimientos de Ballesteros.—Tropas que le persiguen.—Operaciones de Solá.—Situación de Tarifa: sitio de esta plaza: su gloriosa defensa.—Humano porte de los españoles.—Levantán el sitio los franceses.—Valencia.—Posición del ejército francés.—Fortificaciones de Valencia.—Situación del ejército español.—Causa del poco entusiasmo de los valencianos.—Llegan refuerzos al ejército francés.—Pasa Suchet el Guadalquivir.—Ataque á nuestra línea.—Briosa defensa de Zayas.—Retirada del general Mahy sobre el Júcar.—Acordonan los franceses á Valencia.—Irresolución de Blake.—Desgraciada tentativa para salvar al ejército.—Buen porte del coronel Michelena.



ANTES de ocuparnos de los asuntos de Valencia, coronados con un fin tan desgraciado, tenemos que hablar de otros mas felices acaecidos en sus inmediatos distritos, y que no solo ayudaban al mejor éxito de las operaciones de aquella ciudad, sino que parecian dispuestos por el destino para enseñar á sus defensores el sendero de la victoria.

Las atrevidas empresas de Ballesteros en la Serranía de Ronda, y su avance sobre Bornos el 5 de noviembre, cuyos hechos dejamos ya indicados, secundados por los que á la sazón verificaron hácia Veger el general Copons y el coronel inglés Skerret, hicieron conocer á Soult la necesidad de contener á tan arrojados gefes; pero falto de tropas por las que habia enviado á Estremadura á consecuencia del descalabro de Girard, tuvo que sacar parte de las de Granada para hacer frente á Ballesteros y embestir despues á Tarifa. Con ellas mandó á Leval sobre la Serranía de Ronda, asistido de 6,800 de todas armas, á los que se debian juntar en el mismo punto 4,200 que mandaba el general Barrois, y 300 de los que sitiaban á Cádiz. Unas fuerzas tan considerables, comparadas con las que mandaba Ballesteros, obligaron á este á refugiarse otra vez bajo el cañon de Gibraltar, dejando siempre en las montañas una vanguardia á las órdenes de D. Antonio Solá, quien con el auxilio de los serranos estaba encargado de cortar las comunicaciones y subsistencias al enemigo. No desmereció Solá la confianza de Ballesteros, y estrechando continuamente á los franceses, los obligó el 6 de diciembre á huir de Estepona, cogiéndoles mochilas y equipages. Copons y Skerret llamaron tambien la atención del enemigo por la parte de Algeciras, mas sabedores luego de que aquel se dirigia á Tarifa, marcharon á su defensa.

No eran infundados sus temores, pues la falta de viveres que experimentaba el

general Leval, causada por las correrías de Solá y del paisanage, le decidieron á abandonar á San Roque y acercarse á la citada plaza de Tarifa. Situada esta en la punta mas meridional de España y en lo mas angosto del estrecho, debe su nombradía á la gloriosa defensa que hizo contra los moros D. Alonso Perez de Guzman, llamado el Bueno, por tan heroica hazaña. Su poblacion consta de 2,100 vecinos, y su fortificacion la forman un antiguo y frágil castillo y débil muralla de poco espesor, con torreones cuadrados y foso: los nuevos reparos no muchos y poco fuertes. Al lado del sudoeste y á corta distancia hay una isla circular y peñascosa, de media hora de bojeo, que se denomina como la ciudad. Esta isla se hallaba antes separada del continente por un canal de rápida corriente que mandó cerrar en 1808 el intendente D. Antonio Gonzalez Salmon, haciendo allí un cómodo fondeadero. Estaba en la actualidad fortalecida y artillada con 12 cañones, y ofrecia conveniente retirada. En su recinto se habilitó tambien una cisterna y una antigua torre, y para almacen de pólvora se sirvieron los sitiados de una especie de subterráneo llamado Cueva de Moros, guarida en antiguos tiempos de corsarios berberiscos. La isla está dominada por las alturas vecinas: la mas cercana de estas por el oeste, llamada Santa Catalina, la fortificó Copons, ejecutando tambien al este algunas ligeras obras. Ademas se cortaron en la ciudad las calles, atajándolas con rejas arrancadas de las ventanas, y se atronaron muchas casas. La guarnicion, entre españoles é ingleses, ascendia á 2,500 hombres. El vecindario se mostró valiente y decidido, y proporcionó 300 marineros. Era gobernador el coronel D. Manuel Lavan, y gefes de ingenieros y de artillería D. Eugenio Iraurqui y D. Pablo Sanchez. Las fuerzas sutiles españolas las mandaba D. Lorenzo Parra. Habia tambien algunos buques de guerra ingleses. La defensa fué dirigida con especialidad por D. Francisco Copons y Navia, auxiliado de los consejos del coronel ingles Skerret.

Los franceses llegaron delante de la plaza el 19 de diciembre, despues de dejar fuerza en observacion de Ballesteros y tambien del lado de Algeciras. El 20 obligaron á Copons á entrarse en la plaza y empezaron en seguida los trabajos del sitio, los que adelantaron el 28 hasta 50 toesas de los muros, y el 29 rompieron el fuego con 6 cañones de á 18 y 5 obuses de á 9 pulgadas. En la tarde del mismo dia se hallaba ya practicable una brecha de 500 toesas por la parte contigua á la puerta del Retiro, y destruido casi del todo el torreón de Jesus. En este estado intimaron los enemigos la rendicion, y desechada la propuesta por Copons, se prepararon al asalto.

Este se efectuó el 31 á las nueve y media de la mañana, acudiendo á embestir la brecha 25 compañías al cargo del general Chassereaux, á las cuales apoyaban las demas fuerzas. Los acometedores se precipitaron al asalto con su acostumbrado arrojó; pero detuvieron su ímpetu una escarpadura interior hecha en la muralla y varios parapetos de colchones levantados detras, junto con el fuego incesante que salia de los lugares vecinos y las casas. Desalentados los enemigos, desistieron de su empresa y retrocedieron con vergüenza, dejando allí mas de 500 heridos y muertos. Para recoger los primeros pidieron los franceses un armisticio, que no solo se les concedió, sino que por uno de aquellos actos de generosidad que indican el verdadero valor, les ayudaron en su faena nuestros soldados y paisanos: ejemplo rarísimo que la humanidad quisiera ver imitado en iguales casos para disminuir de algun modo los desastres de la guerra. Copons, aprovechándose de la ventaja, incomodó al sitiador por todos los medios posibles. Contra él vinieron tambien las lluvias que anegaron sus trincheras, los caminos y los campos, sin dejar al soldado un palmo de tierra donde reclinar la cabeza. Apurado Leval alzó el sitio el 5 de enero, encaminándose á Veger y Medina, habiendo perdido en su malograda tentativa entre muertos, heridos, enfermos y desertores mas de 2,500 hombres, toda su artillería gruesa y considerable porcion de efectos y municiones. Asi se estrellaron los esfuerzos de 40,000 franceses contra las murallas de una fortaleza, débiles en sí, mas sostenidas por el patriotismo. Bien necesitamos de todo el valor que este inspira para no desmayar al describir la catástrofe de Valencia que puso fin funesto á la cuarta campaña. *fin de esta campaña*

Dejamos en aquella provincia al principiarse noviembre ambos ejércitos español y frances, fronteros uno de otro, en las opuestas orillas del Guadalaviar ó Turia. A la izquierda de este ocupaba el enemigo casi dos leguas de estension, y fortificó su línea con obras defensivas. Los españoles en la derecha habian aumentado las suyas despues de las anteriores tentativas de los franceses contra Valencia. Habian ahora los nuestros cortado los puentes de la Trinidad y Serranos, dos de los cinco de piedra que cruzan el rio; poco profundo este y disminuido á mas por las muchas acéquias que sacan agua para el riego. En los puentes no destruidos y en el recinto principal se hicieron algunas mejoras; pero en lo que se puso mayor esmero fué en la construccion de un terraplen de 46 pies de alto y otro tanto de espesor, con flancos y foso, que empezaba al oeste junto al rio enfrente del baluarte de Santa Catalina, y continuaba esteriormente por Cuarte, abrazando el arrabal de éste nombre y los de San Vicente y Ruzafa hasta Monte Olivete, en donde se levantó un reducto. Desde este al mar se hicieron cortaduras y se fabricaron escolleras, fortaleciendo tambien el Lazareto, al embocadero del rio. Por el otro estremo, via de Manises, se establecieron parapetos y otras fortificaciones de campaña no cerradas. Sin embargo de tales obras, estaba Valencia muy lejos de merecer el nombre de plaza, y solo podia considerarse como un campo atrincherado; siendo necesario no olvidar esta verdad, pues ella disminuye bastante los cargos que por su pérdida se han hecho á D. Joaquin Blake. No seremos nosotros los panegiristas de este en la campaña de Valencia; pero justos é imparciales no queremos tampoco abrumar la memoria de aquel desgraciado general con exageradas recriminaciones.

Con arreglo á la clase de fortificaciones enunciadas, se hallaba el principio de la defensa de Valencia á una legua de la ciudad, en Manises, en cuyo sitio están las compuertas de las acéquias mayores. En dicho punto tenia el cuartel general D. Nicolás Mahy, y en él y en San Onofre estaban las divisiones de Villacampa y Obispo, continuando apostada á la izquierda y algo detras, en Aldaya y Torrente, la caballería. Por la derecha, en Cuarte, se situaba la otra division del mismo general mandada por D. Juan Creagh. En el pueblo de Mislata se encontraba la de D. José Zayas, y próxima á Valencia la de Lardizabal. La de Miranda permanecia en el Monte Olivete, ascendiendo el total de las tropas á unos 22,000 hombres. Todos los demas puntos hasta el mar estaban guardados por guerrilleros y paisanos. Por la costa andaban barcos españoles y buques de guerra ingleses.

El mariscal Suchet por su parte fijó la atencion en cubrirse de cualquiera ataque del ejército de Valencia, para lo cual fortificó su línea, que se estendia desde el puerto del Grao hasta Paterna, en lo que tambien llevaba la mira de conservar su estancia con menos gente, dejando mayor número de tropas disponible para cuando llegára el caso de obrar ofensivamente. Con el mismo fin, y deseando despejar la orilla izquierda, determinó ante todo arrojar á los españoles de las casas y edificios que alli ocupaban. No lo consiguió, empero, sin gran trabajo y pérdida, pues los nuestros se defendieron con el mayor teson, especialmente en el convento de Santa Clara, que no abandonaron hasta que abierta brecha se preparaba el enemigo al asalto. Hecho esto, no tuvo lugar durante mes y medio ninguna otra operacion por ambos ejércitos.

Deseando Blake aumentar el suyo, llamó al reino de Valencia mas fuerzas de las del tercer ejército, el que con esta nueva salida dejó ya muy pocas en las fronteras de Granada, y descubierta la provincia de Murcia. El general Freire marchó con 4,000 hombres sobre Requena, que se hallaba amagada por Darmagnac. Al mismo punto habia mandado antes D. Joaquin Blake al general Zayas con mas de 4,000 hombres, por lo muy interesante que era cubrir flanco de tanta importancia. Este último entró en la mencionada villa el 28 de noviembre, y á su vista se retiraron los contrarios, recelosos tambien de las tropas del tercer ejército que estaban ya en Hiniesta. Llegado poco despues Freire á Requena, pudo restituirse Zayas á su antigua posicion de Mislata, á la que llegó el 2 de diciembre.

Fuera de eso, no pensó Blake en incomodar al enemigo, ni mucho menos en fomentar guerrillas por la espalda y flancos, pudiendo sus servicios haberle sido tan útiles. Pero desgraciadamente era este general del número de aquellos hombres que acostumbrados á prestar un culto supersticioso á las máximas que aprendieron en los libros, no saben separarse un ápice de lo que aquellas les enseñan: razon que hizo desaparecer de Valencia en la ocasion presente aquel ardor que se notó en las anteriores, pues el despego del gefe hacía el paisanage entibió en este el entusiasmo, tan necesario para vencer, y uno de los principales agentes para inmortalizar las heroicas defensas de Zaragoza, Gerona y demas plazas, que solo consiguió pisar el orgulloso frances trepando por montes de cadáveres.



MONTES DE CADÁVERES.

veres. En las guerras puramente nacionales no ceñirán sus frentes con el laurel de la victoria sino los gefes que unidos con el pueblo sepan dirigir los esfuerzos de este: de tan necesaria circunstancia carecia el general Blake, y por eso al perder á Valencia le abandonó tambien la gloria que, en medio de sus desgracias, acompañó siempre á los ilustres Palafox y Alvarez.

Convencido Suchet de que con las fuerzas que tenia era imprudente atacar á los españoles en sus atrincheramientos, y difícil obligarlos á encerrarse en la plaza, desesperábase con la tardanza de los auxilios que tenia pedidos, pues via que así, no solo se daba tiempo á Blake para fortalecerse, sino que se esponia á que en el interin sacudieran los naturales su letargo y empezasen por sí solos la guerra popular, que era la mas temible para él.

A pesar de tan fundados recelos, no se determinaba á empezar solo su plan de acometida. Este era embestir nuestra izquierda y envolverla por flanco y espalda, amagando al mismo tiempo nuestro centro y derecha. La ejecucion requeria muy detenido exámen, pues no se trataba de presentar batalla en descampado, en cuyo caso podian los franceses esperar ventajas, sino de romper por medio de atrincheramientos, acéquias y vallados, en donde pudiera su tropa experimentar grandes reveses. Mayor habria sido todavia el conflicto de Suchet, si los españoles hubieran aprovechado todos los recursos que el terreno ofrecia; porque ni se inundaron los campos, cual debia haberse hecho, con las aguas del riego, ni tampoco se fortificaron varios conventos y edificios por allí esparcidos, y que brindaban por su solidez y situacion al establecimiento de una cadena de puntos de defensa.

Aunque no nos hallamos conformes en lo general con la conducta observada por D. Joaquín Blake en Valencia, no lo estamos tampoco con los que creen debía haber atacado al enemigo en sus mismas posiciones, pues lo fortalecido de estas y la desgraciada batalla de Sagunto, le enseñaban á no aventurar una nueva acción con fuerzas iguales ó superiores á las suyas, cual lo eran las que mandaba Suchet. Mas conforme al arte militar nos parece la opinión de que debió retirarse á otros puntos, pues por mucha importancia que se le quiera dar á la conservación de Valencia, no pudiendo desconocerse que no siendo esta una verdadera plaza, debía sucumbir luego que fuera acometida en regla, las de la guerra exigían llamar la atención del enemigo por otros puntos, con cuya operación, ó se le podía impedir la entrada en la ciudad, ú obligarle á abandonarla al poco tiempo de poseerla. El general que merezca tal nombre no comprometerá nunca la suerte de un ejército por sostener una ciudad abierta y sin importancia militar; sin que pueda servir de ejemplo la defensa de Zaragoza, pues si allí se admira justamente el heroísmo de sus sostenedores, no se puede al mismo tiempo dejar de lamentar la grave falta, la notable imprevisión de encerrar en ella un ejército que fuera pudo haber ofrecido servicios mucho mas importantes y útiles á la causa general de la nación.

Por fin á mediados de diciembre llegaron á Suchet los suspirados refuerzos. Napoleón, deseando imponer respeto á las naciones del Norte con sus victorias de España, determinó que no solo la división de Severoli, sino tambien la de Reille acudieran á Valencia y se pusiesen bajo el mando de Suchet, aunque la última momentáneamente, debiendo en el intermedio ser reemplazada en Navarra y frontera de Aragón con tropas de la división de Caffarelli, á pesar de los apuros que á este rodeaban en Vizcaya. Severoli y Reille trageron consigo cerca de 44,000 hombres, y el 25 del citado diciembre se unieron al ejército de Suchet, quien juntó entonces unos 34,900 combatientes, 2,644 de caballería, toda excelente tropa y muy aguerrida.

No se limitó Napoleón al envío de las citadas divisiones: insistió tambien en que Darmagnac, del ejército del centro, continuase amagando por Cuenca, y mandó ademas que Marmont destacase del de Portugal una fuerte columna, que, atravesando la Mancha, cayese sobre Murcia.

A la cabeza de tan imponentes fuerzas, y sostenido por otros puntos, decidió ya Suchet poner en ejecución su primitivo plan de atacar la posición española por la izquierda, y lo verificó así el 26 de diciembre, pasando por Ribaraja el Guadalquivir. Prefirió cuerdamente este punto con la idea de cruzar el río agua arriba de Manises, de no enredarse por el laberinto de las acéquias, y de evitar cualquiera inundación, apoderándose de las compuertas, con cuya maniobra enseñó á los nuestros su escandaloso descuido en esta parte.

En el discurso de la noche echaron los enemigos tres puentes, y para proteger á sus trabajadores vadearon el río 200 húsares, llevando en ancas á unos cuantos soldados de tropas ligeras, los cuales ahuyentaron los puestos españoles. A la mañana siguiente empezó el ataque el general Arispe por el extremo de nuestra izquierda. Iba Suchet precedido de caballería, la cual se encontró con la de Don Martín de la Carrera hácia Aldaya, entre la acéquia de Manises y el barranco de Torrente, en medio de algarrobos y olivos. Nuestra caballería rechazó á la contraria, y merece particular mención el soldado del regimiento de Fernando VII Antonio Frondoso, hombre esforzado, que hirió y dejó en el campo por muerto al general Bousard, en cuyo derredor perecieron defendiéndole un ayudante suyo y varios húsares. Reforzados considerablemente los contrarios, atacaron de nuevo y recobraron á Bousard, precisando á D. Martín de la Carrera á retirarse en dirección de Alcira. Casi á la vez embistió el general Musnier á Manises y san Onofre, de donde despues de una leve defensa se retiró D. Nicolás Mahy, enderezándose tambien al Júcar por Chiriveña.

Noticioso Blake del ataque salió de Valencia, y en la mitad del camino de Mislata se le presentó un ayudante de Mahy, manifestándole el apuro de aquel

y pidiéndole instrucciones. Ya en aquella hora, que serian las once de la mañana, estaba nuestra linea atacada ó amagada por todas partes. Zayas en Mislata se defendia de Palombini, mientras enayuda del primero enviaba Mahy desde Cuarte á D. Juan Creagh con alguna gente; pero Zayas, que esperaba dos batallones de Valencia, no necesitando del auxilio de Creagh, le hizo retirar, y guardó solo dos obuses, continuando la defensa de su posicion con la mayor firmeza. Nuestros fuegos por esta parte fueron tan bien dirigidos y vivos, que desordenando la brigada enemiga de Sant-Paul, la arrojó contra el Guadalaviar. Los esfuerzos de Palombini para rehacerla fueron infructuosos, en razon á que su otra brigada dirigida por Balathier estaba amenazada de la misma manera. La victoria de Zayas hubiera sido segura, si en los otros puntos se hubiera proseguido con el mismo tino y detenimiento con que obró este acreditado gefe, cuyos esfuerzos inutilizaron la flojedad y descuido de algunos otros.

El general Arispe avanzó sobre Catarroja, y dueño Musnier de Manises y San Onofre, vinieron algunos cuerpos enemigos hácia Cuarte, vencieron los primeros atrincheramientos y obligaron á las tropas que guarnecian el pueblo á evacuarle. A la sazón regresaba Creagh de su escursión á Mislata, y unido con D. José Perez, que mandaba el batallon de la Corona, hicieron prodigios de valor para ver de contener el impetu de los franceses; pero el mayor número de estos venció el arrojó de los nuestros y obligó á retirarse, aunque cubiertos de gloria, á mas del citado batallon de la Corona, á los de tiradores de Cádiz, de Burgos, Princesa y Alcázar de San Juan con sus respectivos gefes. Los enemigos siguieron la carga cada vez con mas impetu, pues llegando al mismo tiempo el general Reille, marchó en direccion de Chirivella y favoreció las operaciones de Arispe y de Musnier. En vano trataron los españoles de hacer frente en dicho pueblo y defender la posicion cubierta con unas flechas. Los enemigos los arrollaron, consiguiendo asi salvar á Palombini. Zayas, por los reverses que en los demas puntos sufrieron nuestras armas, se vió obligado á desamparar el suyo.

Siendo el primer deseo de Suchet envolver todo el ejército español y precisarle á encerrarse en Valencia, hizo que la division de Arispe llegára pronto á Catarroja. Entonces, viendo ya á los nuestros de retirada, corrió el mariscal frances á Chirivella, con cuyo imprudente arrojó se espuso á ser cogido prisionero. Habíase alli apeado y subido al campanario, estando solo acompañado de sus ayudantes y una pequeña escolta, y cuando mas engolfado estaba aquel gefe en observar ambas orillas del Turia, acercóse al pueblo un batallon español dando indicios de querer penetrar por las calles. En el momento los pocos franceses que habia se pusieron en ademan de defender á su general, y aparentando ser muchos engañaron á los nuestros, los cuales se alejaron pronto, salvándose asi Suchet.

Las disposiciones de D. Joaquin Blake en aquellos momentos decisivos fueron tan escasas y poco activas como la marcha de los refuerzos enviados á algunos puntos. Los batallones que marcharon de Valencia para sostener á Zayas llegaron tarde, y tampoco se hizo empeño en reparar el precipitado repliegue de Mahy, ni antes en auxiliarle, para dilatar la resistencia de Chirivella.

Los generales españoles en sus retiradas tomaron cada cual la direccion que les permitió su respectiva situacion, y á esta feliz circunstancia se debió el que no fueran todos acorralados en Valencia. D. Nicolas Mahy, unido á Creagh y Carrera, Villacampa y Obispo se separaron del grueso del ejército y se dirigieron á las riberas del Jucar. Blake, Zayas, Lardizabal y Miranda se encerraron en los atrincheramientos exteriores de la ciudad, que se estendian desde el frente de Santa Catalina hasta Monte Olivete.

En este punto, encargado Habert de pasar el rio por alli, cerca del desagadero, trabajó bastante para conseguirlo, costándole mucho tiempo que sus baterias, situadas en el Grao, lograran alejar los cañoneros españoles y los buques de guerra aliados. Hasta las doce del día no pudo cruzar el Guadalaviar por medio de un puente hecho casi á la misma boca. Apoderóse en seguida del Lazareto, y arrolló fácil-

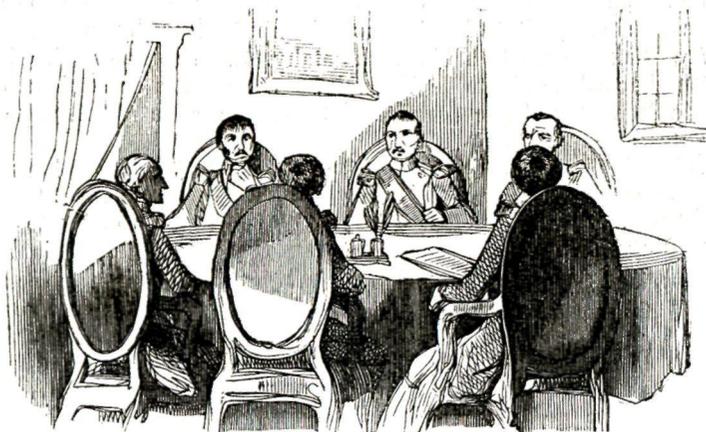
mente al paisanage. Miranda, colocado en Monte Olivete, apenas tomó parte en la pelea. Luego que Habert llegó á la orilla derecha se estendió con prontitud para ponerse en contacto con las otras tropas de su nacion que habian forzado la izquierda de los españoles, en lo que estribaba el principal empeño de los franceses, para que no se escapara Blake como lo habia hecho Mahy. En la misma noche del mismo dia completaron el acordonamiento de Valencia, y cortaron la comunicacion con el camino real de Madrid y el que corre por el istmo entre la Albufera y el mar, desconocido antes al enemigo.

La pérdida de los ejércitos en aquel dia seria de 500 á 600 hombres de cada parte entre muertos y heridos. Los franceses cogieron ademas algunos prisioneros. La principal baja la recibieron los enemigos en su acometida contra Zayas y Creagh, perdiendo 40 oficiales.

En jornadas desgraciadas como la de este dia se dividen las opiniones sobre su origen. Ahora culpaban unos á Blake, otros á Mahy, y nosotros creemos que la falta fué de los dos, aunque la mayor parte parece tocarle al primero. El defecto del segundo consistió en no haber mantenido mas tiempo su posicion, y en no haber sacado fuerzas de Cuarte para auxiliar á Zayas, que debia esperarlas de Valencia. Faltó D. Joaquin Blake en no haber colocado mejores y mas número de tropas en la izquierda, como punto mas débil, y sobre todo en no aprovechar el tiempo que antes tuvo para construir allí obras cerradas que no pudieran ser embestidas de revers por el enemigo. Atendidos los conocimientos militares que no se le puede negar sin injusticia al desgraciado Blake, es necesario creer que semejante descuido dimanó de una de aquellas ofuscaciones en que suelen incurrir los hombres mas instruidos, haciéndole creer que los franceses le atacarian solo por el frente, por cuya razon se fijó principalmente en la fortificacion de aquel punto.

Muy desacertados van los que vituperan á Mahy por no haberse retirado sobre el Júcar y entrádose en Valencia, pues á mas de lo difícil que le era esta operacion, hallándose interpuestos los franceses entre Mislata y Cuarte y estendidos hasta Catarroja, ¿qué conseguia aquel general con entrar en la ciudad? Lo mismo que alcanzó Blake con la inconcebible resolucion de encerrarse en ella. Este es á nuestro entender el mayor de los cargos que se le puede hacer á D. Joaquin, mayormente cuando no hallándose en disposicion de imitar á Zaragoza, que aun en ese caso siempre hubiera sido error el quedarse, no le quedaba mas medio de salvar su reputacion militar que salir con su ejército á todo trance de Valencia, lo que todavia pudo verificar el 26, bien al mediodía, antes de ponerse Habert en comunicacion con Arispe, dirigiéndose al istmo, entre la Albufera y el mar; bien por la noche, no estando aun preparado el enemigo á contener una repentina irrupcion y salida de nuestras tropas. Asi opinó la junta de generales que se reunió aquel dia; pero Blake, no obstante, resolvió lo contrario con el peregrino pretesto de que siendo preciso distribuir de antemano viveres, haciase imposible verificarlo en tan breve espacio. ¡Y esto lo decia un general que mandaba á los sufridos soldados españoles! Dilatóse, pues, la partida para el dia siguiente. Al anochecer se volvió á reunir el consejo de generales: sus individuos insistieron todos en el mismo dictámen dado la vispera, de poner al ejército inmediatamente en salvo; mas todavia se le ocurrió al general en gefe otra nueva dificultad. La artilleria de batalla permanecia en los atrincheramientos, y removerla á deshora, como era indispensable para ejecutar de noche la salida, parecia imprudente y motivo de espanto al pueblo. Asi se difirió la operacion por segunda vez. En vista de esto, no se sabe qué estrañar mas, si la negligencia anterior, cuando en dos meses hubo tiempo para precaver todos los casos, ó la intempestiva prudencia é incertidumbre de ahora.

Por último se decidió, aunque ya tarde, la salida, fijándose para ella la noche del 28 al 29. Encargóse del mando de la plaza D. Carlos Odonnell, al que se le dejaba muy poca tropa y la órden de capitular á su debido tiempo, consultando los intereses del vecindario. Todo el grueso del ejército reunido, y bajo las órdenes de D. Joaquin Blake, debia dirigirse por la puerta de San José y puente inmediato,



CONSEJO DE GENERALES.

y salvarse penetrando por las líneas enemigas via de Burjasot, como punto en donde había menos enemigos, y en que á las cuatro leguas empezaba ya el terreno quebrado. El órden de la marcha era el siguiente. A la cabeza la division de D. José de Lardizabal, de la que formaba una pequeña vanguardia un corto trozo dirigida por el coronel Michelena: en el centro D. Joaquin Blake, la division de Zayas, bagages y varias familias: detras D. José Miranda y su tropa.

Abrió, pues, Michelena la marcha y pasó entre Tendetes y Campanar: imitóle Lardizabal, no encontrando al principio ningun estorbo. El enemigo se mantenía tranquilo, si bien algo en guardia por haber los nuestros explorado en la tarde aquel sitio. Siguiendo adelante, cruzaron ambos gefes una acéquia que había primero, y llegaron á la de Mestalla, en donde les faltaron tablones que facilitasen el paso. Mas Michelena, hombre activo y diligente, no se arredró por eso, y descubriendo un molino ó casa con comunicacion que daba á entrambas orillas, trató de atravesar por allí. Tenian los enemigos apostado cerca un piquete, y preguntando este «¿quién vive?» respondieron los españoles en lengua francesa: *húsares del 4.º regimiento;* y siguieron su camino denodadamente. Por desgracia la serenidad y arrojo de Michelena y su corta vanguardia no tuvieron imitadores. Lardizabal titubeó, y parándose detuvo el movimiento de lo restante del ejército. Hallábase todavía Blake en el puente inmediato á la puerta de San José, y no tomó partido alguno, aunque vió el entorpecimiento que experimentaban sus columnas. Zayas, impaciente y resuelto á no retroceder, le propuso atinadamente continuar, y por el rio arriba dirigirse al pueblo de Campanar; pero nada consiguió con su prudente dictámen.

Entretanto el arrojado Michelena, continuando siempre su camino, tropezó cerca de Beneferri con una patrulla enemiga, y para que esta no diese aviso á los suyos se la llevó consigo prisionera. Al atravesar los nuestros la referida poblacion algunos soldados italianos que estaban en las calles, notando la prisa y silencio con que caminaba aquella tropa, sospecharon fueran españoles, y encerrándose dentro de las casas empezaron á hacer fuego desde las ventanas, con lo que alarmaron el campo frances. No impidió tampoco esto á Michelena seguir su ruta, consiguiendo con su constancia llegar salvo por la mañana á Liria.

Mas Blake, fijo en el puente, irresoluto, sin oír consejos y poseido de aquel